
SS
SERVICIO SECRETO
A TRES MINUTOS DE LA MUERTE
a. rolcest
BB

A TRES MINUTOS DE LA MUERTE

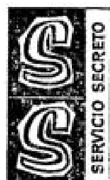


A. ROLCEST

A TRES MINUTOS DE LA MUERTE

SERVICIO SECRETO n.º 761
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B 1312 - 1965
Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: febrero 1965

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva. 2 - Barcelona - 1965

N. R. 7538/64

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
886. — El peñón de las hienas.

En Colección BUFALO:
578. — El Clan.

En Colección SERVICIO SECRETO:
757. — Enviado especial de la muerte.

En Colección CALIFORNIA:
432. — Pista libre.

En Colección SALVAJE TEXAS:
384. — Los trofeos de "Wood City".

En Colección COLORADO:
378. — Compañeros de la muerte.

En Colección KANSAS:
349. — ¡Whisky por el muerto!

En Colección ASES DEL OESTE:
294. — Entre dos "Colt".

En Colección BRAVO OESTE:
191. — La tumba de oro.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
129. — Hampa brillante.

En Colección METRALLA:
58. — Las llaves del infierno.

CAPÍTULO PRIMERO

Harry Datner dejó la paleta y los pinceles.

—Basta por hoy —y dirigiéndose al viejo que con el pecho desnudo posaba de pie, la mirada perdida, apoyándose en un pértiga llena de nudos, manifestó—: Estará usted de mí "asceta" hasta la coronilla. Mañana será la última sesión, amigo Edwin.

El viejo tenía un pecho esquelético. Se veía el andamiaje de las costillas, y los ojos pequeños, de un azul turbio, se perdían en la enmarañada barba y pobladas cejas.

Pero la pelambrera era postiza, porque de dos manotazos se la quitó, mostrando una cara rasurada, y una cabeza monda.

Quedó su enjuto cuerpo, y su vejez.

—No es para alegrarse —contestó el modelo—. Ya me había acostumbrado a venir aquí a charlar con usted.

—Aunque hayamos terminado, puede venir cuando le parezca. Ahora preciso dar un salto: del "asceta" a todo lo contrario...

—Ya. Quiere representar la "Primavera"...

—Mejor el "Verano" —replicó Harry, riendo.

El viejo Edwin empezó a vestirse.

—Creo que le hablé de la modelo ideal... Bueno, eso creo yo. Ayer vino por casa y me preguntó si usted le daría trabajo. No es por cuestión de dinero. Ella gana suficiente como maniquí.

—Sí, ya me lo dijo. ¿En qué casa de modas trabaja?... —y Harry se quedó en actitud de recordar.

—También creo que se lo dije. Sí, usted tomó nota, incluso de los días y horas de exhibición.

—Pues si tomé nota, la extravié. Dígame. Esta no se perderá.

Cogió lápiz y cuaderno.

—En la Sexta Avenida. La "Feher Palace"...

—Recuerdo. ¿El nombre de la maniquí?

—El que allí usa, que es el que a usted puede interesarle, es Manne. Tan pronto termine ella su trabajo, habíale, si es que le parece bien su tipo. Yo creo que es la modelo que usted precisa para representar la "Primavera", o el "Verano"... Bastará con que le diga que es Harry y que va de parte mía. Le he hablado de usted mucho: de su manera de ser, de su arte...

Harry Datner, un joven de elevada estatura, rostro simpático, miró con risueña atención al calvo Edwin Pierson.

—Entendámonos: ¿De qué "arte" le ha hablado? Porque hasta ahora esto que hago ensuciando telas no es más que una excusa para

justificar mi vagancia, usted lo sabe. No me oculte nada, Edwin. ¿Qué le ha dicho de mí?

El viejo inclinó la cabeza, con aire azorado.

—Bueno. Le mencioné su antigua profesión de detective privado... Le referí que un golpe de suerte le permitió retirarse antes de que le rompieran la cabeza.

—Me retiré porque estaba un poco asqueado de tanto revolver basura. Un cliente agradecido tuvo a bien acordarse en su testamento, y me legó una cantidad que me permitirá practicar durante unos cuatro años mi verdadera afición: la pintura... Si en este tiempo no consigo que en mis telas aparezca el arte, veré qué profesión ejerzo...

—Detective. Usted vale mucho.

—Nada de eso —y Harry perdió la expresión risueña—. Mientras pueda defenderme, aunque sea barriendo las calles, no volveré a investigar la vida de nadie. Guardo un mal recuerdo... Le digo esto por si lo de que esa maniquí me sirva de modelo, es un pretexto.

Edwin Pierson forzó un gesto de perplejidad.

—¿Un pretexto? No le entiendo.

—Demasiado bien que lo sabe. Ojalá pintara como sé revolver los pensamientos de los que se me colocan delante. Si esa chica tiene algún problema, yo puedo recomendarla a algún amigo...

Edwin Pierson miró para otro sitio, y dijo, riendo.

—Se equivoca, Harry. Manne no tiene ningún problema... que yo sepa. Y bien: ¿Mañana dice que será la última sesión?

—Creo que sí.

—¿Vengo a la hora de siempre?

—Si puede, sí.

—¡Claro que puedo! Yo no tengo nada que hacer. Ahora voy a mí pensión, leeré un poco, luego cenaré, quizá me quede un rato viendo televisión, y después a dormir, a esperar un nuevo día, que será idéntico al de hoy, y al de ayer...

Esto dijo Edwin Pierson en el estudio del ex detective Harry Datner. Cuando, más tarde, entró en la casa donde se alojaba, en Brooklyn, la dueña de la pensión le anunció:

—Esta tarde vinieron dos hombres preguntando por usted.

Edwin Pierson cambió de color.

—¿Qué dijeron?

—Que querían verle. Preguntaron a qué hora solía venir y les dije que a estas horas.

—¿Prometieron volver?

—Se fueron sin decir nada... Oiga, señor Pierson: ¿Tiene algo que ver con la policía? —preguntó severamente la dueña.

—¡Qué tontería! ¿Cómo se le ha ocurrido?...

—Usted se ha alterado... Y esos dos hombres me han parecido

agentes. Ya sabe nuestra norma con los huéspedes: nada de embrollos con la policía...

—No se preocupe, señora Aston. Por mí, no tendrá usted problemas. Tal vez esos hombres me traigan saludos de mis paisanos. Voy a mí habitación. A la hora de cenar bajaré al comedor.

Que él bajaría sin necesidad de avisarle lo tuvo muy presente la señora Aston. Pero ya iban los huéspedes por la mitad de la cena, cuando decidió ir a la habitación del viejo.

Golpeó con los nudillos.

—Señor Pierson...

Nadie contestó.

—¿Se ha dormido, señor Pierson?

Y golpeando la puerta un poco más fuerte que antes, vio que cedía. Al quedar abierta de par en par, pudo ver al viejo sentado, con la cabeza volcada sobre la mesa escritorio.

Tenía un cuchillo clavado en la espalda. La señora Aston gritó.

Al momento los huéspedes se apelotonaron en la puerta. Nadie se atrevió a entrar.

Por el teléfono que había en el pasillo avisaron a la policía.

* * *

El inspector, antes de mover el cadáver, observó las gotas de tinta que había sobre el tablero de la mesa, y en los dedos pulgar e índice de la mano derecha.

—¿Ha visto esto, inspector? —preguntó un ayudante, señalando la nuca del muerto.

Se advertían como punzadas de cuchillo.

—Han estado aplicándole la punta del cuchillo en el cuello, mientras escribía algo que no debía ser del agrado de la víctima.

Mientras los auxiliares técnicos de la policía procedían a recoger huellas y sacar fotos, el inspector Harby, del Departamento de Policía de Nueva York, procedió al interrogatorio de cuantos se hallaban en la pensión.

La señora Aston dijo lo de la visita de dos hombres que le parecieron agentes. El inspector hizo como que no lo tomaba en cuenta, y procedió a interrogar a los huéspedes.

Iban entrando de uno en uno. Un hombre grueso, de profesión representante, declaró:

—Esta noche tuve un olvido. Me senté en el comedor sin mis pastillas para los nervios, que tomo después de cada comida. Y mientras servían el segundo plato fui a mí habitación. En el corredor me tropecé con dos hombres. Me preguntaron si el señor Pierson estaba en el comedor. Les contesté que no...

—¿Le preguntaron cuál era su habitación?

—No. Me dieron a entender que la conocían. Yo fui a la mía, cogí mis pastillas y regresé al comedor.

—Descríbame a esos hombres lo mejor que pueda.

—Pues... uno vendría a tener unos treinta y cinco años, o por ahí. Tipo atlético. El otro, más bien esmirriado. Recuerdo sus mejillas hundidas, y la cara macilenta...

El inspector le indicó que se retirara, y llamó a la señora Aston.

—Hablemos de los dos hombres que a usted le parecieron policías.

La señora Aston los describió, tal como los recordaba. Los dos eran fuertes.

—¿No había uno delgaducho, de rostro amarillento?

—¡Oh, no! Los dos me parecieron que gozaban de muy buena salud.

—¿Qué edad les supone?

—Treinta, más o menos.

—¿A les dos?

—Sí. Y los dos vestían muy bien.

—¿Qué vida hacía el señor Pierson?

—Pues al principio, muy aburrida. Apenas salía de la habitación. Incluso comía en ella. Después fue haciéndose más sociable. Bajó al comedor general, conversó con los huéspedes... Y últimamente, salía todos los días, después de almorzar.

—¿A dónde iba?

La señora Aston movió los hombros.

—Si no lo sabe algún huésped... A mí, desde luego, nunca me dijo a dónde iba.

Nadie en la pensión conocía cuáles eran las actividades de Edwin Pierson, cuando después de almorzar salía a la calle.

El inspector Harby, desde que descubrió que, debido a las impaciencias, estaba a punto de adquirir una úlcera en el estómago, se había revestido de una cachaza a prueba de contratiempos.

—Bien. De momento hemos terminado aquí —dijo a su ayudante —. Esperaremos el informe del laborar torio.

Tres días más tarde todo parecía como al principio. Pero en la pensión se había filtrado un agente.

Y al tercer día se presentó un hombre joven, de buena talla y cara simpática, que preguntó a la señora Aston:

—¿Se hospeda aquí un tal señor Pierson?

La dueña estaba advertida por el agente y contestó:

—Sí. ¿Quiere verle?

—Para eso he venido.

—Está un poco enfermo. ¿Quiere acompañarme?

Momentos después la dueña abría una puerta, invitándolo con el

gesto a que pasara. Lo miraba con simpatía y lástima. "¡Sería horrible que este joven tan simpático estuviera mezclado!..."

Cuando el visitante estuvo en la habitación, la dueña dijo:

—Haga el favor de esperar aquí unos momentos. Voy a ver si está despierto el señor Pierson.

Unos minutos más tarde, la puerta volvía a abrirse. Y entró un agente.

—¿Usted quería ver al señor Pierson?

El visitante sonrió. A cien millas olía a un policía.

—¿Por qué será, que siempre les queda una oreja fuera? —contestó zumbón.

El agente atravesó los ojos.

—¿Chufla? ¿Cree que es el momento?

—No me burlo, amigo. Pero le advierto que si quería mantener oculta su profesión de policía, sería mejor que no exagerara tanto su aire de despistado. Y ahora dígame: ¿qué pasa con el señor Pierson?

El agente, amoscado, replicó:

—¡Dígame que no lo sabe!

—Sé solamente que no acudió a mí estudio para la última sesión. ¿Qué sucede con él? ¿Ha atracado algún Banco?

—¿Por qué supone eso? —preguntó, intrigado.

—De ese viejo que tiene cuerpo de anguila se puede esperar todo: que sea un "as" para las cajas fuertes, un falsificador de moneda... o simplemente un bendito, que vive de una pequeña pensión.

Todo esto lo dijo Harry Datner sin dejar por un momento el tono de broma. El agente cada vez estaba más irritado.

—¡Veremos si dentro de unos minutos tiene usted ese humor!

—¿Qué va a ocurrir dentro de unos minutos?

—¡Ya lo sabrá! ¡Ahora póngase de pie, de cara a la pared, las manos en alto! —y el agente sacó una pistola.

Harry, sin dejar de sonreír, obedeció. El policía le arrimó el cañón a la espalda, mientras con la otra mano lo cacheaba.

—Supongamos que yo quisiera fastidiarlo... —empezó a decir Harry, mientras se dejaba cachear.

De pronto, bajó una mano, al tiempo que daba un salto de costado, y la pistola quedó en el suelo. El agente se tocó la muñeca, mientras enrojecía de furor.

—¿Qué ha hecho? —y fue a inclinarse para recoger el arma.

Una rodilla del detective tocó en el pecho del agente, y este cayó de espaldas. Permaneció unos momentos tendido, respirando fuerte.

—¿Otro número? —preguntó Harry.

—¡Le advierto... que si intenta salir de aquí...!

El agente empezó a incorporarse. Harry le tendió una mano, para ayudarle. Maquinalmente el policía se dejó coger. Y enseguida dio una

sacudida, como si hubiera tocado un cable eléctrico.

Quedó sentado en el suelo, mirándole con supersticioso temor.

—Podemos entretenernos con otra suerte —dijo Harry.

Hacía unos instantes que la puerta se había abierto. El inspector Harby hacía esfuerzos por contener la risa.

—Le para bien, agente Rowley, servir de entretenimiento a nuestro aburrido Harry —comentó el inspector. Y dirigiéndose al ex detective —: ¿Es que has tomado este caso?

Datner lo miró gravemente.

—¿Es que ocurre algo con el viejo Pierson?

—¿Para qué has venido?

—Es mi último modelo. Él sabía que faltaba una última sesión... Y no ha aparecido por mí estudio. ¿Qué sucede, Harby?

El inspector lo conocía demasiado para saber cuándo hablaba en serio y contestó:

—Lo apuñalaron.

Mientras le refería el hecho, el agente Rowley se levantaba y recogía su pistola, por momentos más abochornado. El inspector se dio cuenta y dijo:

—Rowley: No le guarde rencor... Yo también he ido por los suelos.

Harry se le acercó, muy afectado por lo ocurrido con el viejo Pierson.

—Discúlpeme... De saber lo que ocurría...

Y le tendió una mano. El agente iba a estrechársela, pero la retiró, alarmado.

—¡A mí no me la pega!

Harry siguió con la mano tendida, esperando. Y el agente cedió.

—¿Olvidado? —preguntó Datner, después de estrechársela.

—Sí... Pero si algún día consigo sus habilidades, aunque sea en plena Quinta Avenida, irá por los suelos.

—De acuerdo —y se volvió de cara al inspector—. ¿Qué pistas tenéis?

—De momento, la que tú nos estás dando...

—Yo apenas sé de ese hombre que tenía un cuerpo adecuado para el cuadro que me proponía pintar. Bueno, en realidad me lo propuso él.

—Explica eso.

—Un día se presentó en mi estudio. Dijo que lo había recomendado un amigo. No hubo manera de sacarle qué amigo era... Enseguida pasó a exponerme su plan. Se desnudó de cintura para arriba. De un maletín sacó con qué retocarse. En unos instantes quedó convertido en un extraordinario modelo para el cuadro que él iba explicándome, mientras se caracterizaba.

—¿Qué clase de cuadro?

—¿Le has visto el cuerpo? Piel, huesos, con los relieves de los

tendones... Si a su cabeza monda y a sus mejillas rasuradas les colocaras remolinos de cabellos grises; si lo vieras de pie, apoyándose en una delgada rama de árbol; si lo proyectaras sobre un paisaje seco, todo te daría la sensación de un "asceta", quemado por el sol y la fiebre interior...

El inspector Harby temía que Harry se perdiese en divagaciones "poéticas", como él solía calificar todo lo que se saliese de lo corriente, y levantó las dos manos.

—¡Espera!... Vayamos por partes. ¿Él te propuso ese cuadro?

—Ya te lo he dicho.

—¿Y tenía que quedárselo él?

—Eso es lo curioso. Nunca me dijo que lo quería. Por el contrario, me animaba para que preparase una exposición dónde debía figurar ese cuadro...

—¿Aquí, en New York?

—Sí. Le contesté que todavía me faltaba material... Él no se disgustó por eso. Al contrario, pareció gustarle que la exposición se retrasara. Lo único que me pidió varias veces fue que no me desprendiera del cuadro, sin antes exponerlo.

El inspector quedó unos momentos pensativo.

—¿Qué demonios se proponía?

—Eso me estoy preguntando ahora —contestó Harry.

El inspector lo miró con recelo.

—¿No me ocultas nada importante?

—A sabiendas, no... Puede que algo haya olvidado.

—Juguemos limpio, Harry. ¿Tú piensas llevar este asunto?

—¡Oh, no! —y lo dijo con verdadero horror—. ¡Nada de investigaciones! ¡Me prometí...!

—Sé lo que te prometiste, cuando te legaron unos miles de dólares. Nos los paseaste por las narices y anunciaste que a partir de entonces podíamos respirar a gusto, sin miedo a qué nos "pisaras" ninguna investigación.

—Y he cumplido. ¿Verdad que habéis "brillado" más desde que me aparté del oficio?

—Ni más, ni menos. Si alguna vez tus investigaciones se han cruzado con las nuestras, hemos procurado respetarnos...

—¡Narices! —replicó Harry—. Nunca he tenido vuestra cooperación, como no fuera para ponerme la zancadilla al menor descuido... He tenido muchos tropiezos por culpa vuestra. ¡Pero la vez en que me dejasteis solo, a sabiendas de que iba a caer en una emboscada...!

—¡Deja eso en el olvido! —cortó el inspector Harby—. ¡Teníamos un traidor en la brigada! Te hemos hecho algunas perrerías, y tú a nosotros, pero no puedes decir en serio que quisiéramos tu muerte. La

verdad es que te echamos de menos. Varias veces nos has ayudado desinteresadamente.

—Desinteresadamente, no. Eran asuntos que no me gustaba coger, y aconsejaba a mis clientes que recurrieran a la policía. Yo os facilitaba mis deducciones, y todos quedábamos a gusto.

—Bien. Por lo que fuere, el caso es que muchos asuntos no se han hecho demasiado pesados, gracias a ti. Además, esa rivalidad que existía entre tú y nosotros, animaba la rutina del oficio... Te digo esto para que sepas que, si piensas intervenir en este asunto, colabores con nosotros.

—¿Por qué había de renunciar a mis "vacaciones"?

—Porque este asunto te afecta directamente. ¿Vamos al estudio? Quisiera ver ese cuadro.

—No tengo inconveniente... Pero antes desearía ver la habitación del viejo.

Se trasladaron al departamento donde Edwin Pierson fue asesinado. El armario ropero y los cajones de la mesa estaban vacíos.

—¿Nada importante habéis encontrado? —preguntó Harry. ¿En su conversación notaste alguna determinada preferencia en la lectura?

—Nada.

—La historia.

—Exacto —contestó el inspector—. Los libros que hallamos aquí eran novelas históricas, y compendios bastante vulgares sobre temas históricos. Su cultura no era muy fuerte. Algunos apuntes que hemos recogido dejan mucho que desear, en cuanto a gramática. Sin embargo, dibujaba bastante bien— y el inspector se le quedó mirando fijamente.

—Es la primera noticia que tengo de que supiera dibujar —contestó Harry—. Aunque creo que poseía un conocimiento instintivo de la pintura. El paisaje que sirve de fondo al cuadro, se debe en gran parte al viejo Pierson.

—¿Cómo? ¿Te decía dónde debías poner una nube o un monte? —declaró en tono irónico.

—Hacía algo mejor. Ya caracterizado de asceta, decía qué paisaje imaginaba. Y lo explicaba tan bien, que, mirándolo apoyado sobre el palo, los tendones del cuello formando un lazo a punto de estrangularlo, yo "veía" lo que él me explicaba, como hipnotizado.

—¿El o tú?

—¿El o yo, qué?

—¿Quién de los dos parecía hipnotizado?

Harry rompió a reír.

—Creo que los dos. Era un hombre que tenía una extraña personalidad. Sabía crear el clima que precisa un artista para entregarse a su obra. Me enseñarás los dibujos...

—Son apuntes de paisajes... Ya te los mostraré, después que visitemos tu estudio.

—¿Y por qué no antes?

—Tu estudio nos pilla de paso, ¿no?

—Está bien —aceptó Harry, pero sabía demasiado que todo era un toma y daca—. ¿Habéis encontrado dinero?

—Ochenta y dos dólares. Según la dueña de esta casa, el viejo Pierson recibía todos los meses quinientos dólares. Se los enviaban por correo, con un remite falso, según hemos comprobado. Un billete de quinientos, envuelto en un papel en blanco, dentro de un sobre. La señora Aston vio una vez cómo sacaba el dinero. Y asegura que en el papel no había nada escrito.

Salieron. En la calle estaban el coche del inspector y el de Harry. El agente Rowley subió al del inspector, que conducía el ayudante de Harby.

—De momento no hace falta vigilancia en la pensión. La verdad es que hoy pensaba retirarla —dijo el inspector, subiendo al auto de Datner.

Y rompió a reír. Harry ya había puesto el coche en marcha.

—¿Qué te ocurre?

—¿Cuántas veces se ha dicho que la casualidad y la paciencia son las hadas buenas de la policía? ¡Nunca se dirá bastante!... ¿Sabes por qué he aparecido en la pensión tan pronto? Cuando el agente Rowley avisó a la comisaría, yo ya me encontraba en camino para retirar la guardia. Y por radio me han advertido que en la pensión había un “ratón”. ¿Te das cuenta, Harry, si llego a adelantarme un cuarto de hora? Tú hubieras ido a la pensión, te hubieses enterado de la muerte del viejo y te habrías retirado a tu estudio...

—... Para pintar.

—¡Y un cuerno! Para llevar el asunto por tu cuenta.

—Voy a demostrarte que no. El viejo Pierson me habló de cierta maniquí... ¿A ver? Aquí está la nota —sosteniendo el volante con una mano, con la otra buscó en el bolsillo—. Léela. Mañana hay exhibición... Prométeme que iremos juntos, que la policía no enseñará la oreja antes de tiempo. Si la chica me sirve de modelo, la contrataré... Procuraré ganarme su confianza, y ya te diré lo que vaya sonsacándole. ¿Prometido?

El inspector Harby, después de leer detenidamente la nota, contestó:

—Prometido.

CAPÍTULO II

—¿Acostumbras a dejar tus cuadros al alcance del primero que llega? —preguntó el inspector Harby.

Harry no se atrevió a decir que tenía por costumbre dejar la puerta abierta para que entrara la mujer de la limpieza. Además de que el inspector no lo hubiera creído, él ya tenía la llave en la mano.

Al introducirla en la cerradura, la puerta cedió. Se apreciaban huellas de haber sido forzada.

Entraron en el estudio y con lo que tropezaron primero fue con fragmentos de la vara llena de nudos que sirvió de bastón al “asceta”.

Estaba cortada en varios pedazos. Además, había trozos abiertos en canal, con la punta de un cuchillo.

En silencio examinaron los fragmentos del bastón. Luego Harry dirigió una mirada al estudio.

Todo estaba revuelto. En el caballete había una tela con algunas pinceladas, que no representaban nada.

—Has tenido “visita” —dijo el inspector.

—Sí, eso parece.

—Esto se relaciona con el viejo. Ese bastón con nudos...

—Era el que Pierson utilizaba.

—¿Lo trajo él?

—Sí.

Todos los cuadros que Harry tenía en las paredes, propios y de otros pintores, habían sido descolgados. Pero no faltaba ninguno. Ni siquiera el del asceta.

Se hallaba mezclado con otros cuadros, en el suelo, de cara a la pared. Había tres telas más, a medio pintar, con el tema del asceta.

—Han debido creer que una de estas telas era la que estaba pintando, cuando Pierson venía —explicó, pensando en voz alta—. Esa gente buscaba algo que podía encontrarse en cualquier agujero de la pared.

—O en el corazón de la vara —observó el inspector.

—También.

Como expertos en materia de investigación, tocaron lo preciso. El inspector salió unos momentos para llamar por teléfono.

—En la habitación de Pierson encontramos algunas huellas digitales, pero comprobamos que eran de la víctima, y de una sirviente. Quizá aquí tengamos más suerte. No han debido trabajar con guantes.

Ni siquiera cuando llegó el personal auxiliar, Harry prestó atención a la que hacían. Haciendo como que observaba el cuadro del asceta, ya

casi terminado, pensaba.

Trataba de recordar lo que había oído y visto en todas las visitas que le hizo el viejo.

A su lado se le colocó el inspector Harby.

—Hay huellas de dos sujetos. Unas pueden ser las tuyas. ¿Quieres comprobarlo?

Harry, sin cesar de mirar el cuadro, se dejó tomar las huellas. Al momento tuvo la confirmación.

—Unas son suyas. Las otras, del que forzó la cerradura —explicó el auxiliar.

—Ya sabemos algo, ¿verdad? —dijo Harry, irónico.

Y regresó al lado del inspector.

—Este cuadro, aún sin la historia que pesa sobre él, habría hecho un buen impacto en el público. Lo digo sinceramente, Harry... Tiene un no sé qué, que sujeta al espectador. ¿Imaginas lo que ocurrirá cuando se sepa lo que le ha ocurrido al modelo?

—Muchas cosas tendrán que suceder antes de que este cuadro se exponga.

—¡Oh, no, Harry! ¡Este cuadro debe tener una clave!

—Lo he pintado yo, Harby. Sé lo que he puesto en cada una de mis pinceladas.

—¿Y si en un descuido tuyo? —pero apenas decirlo renunció—. Es absurdo. Sin embargo, el bastón... El individuo que ha entrado buscaba algo.

—Tal vez nos han visto llegar, y han escapado sin terminar el registro. Hay cosas que no han sido tocar das.

—Puede que vuelvan. ¿Vas a quedarte aquí?

—Quisiera ver los dibujos del viejo.

—Mañana. ¿Te da lo mismo? Cuando vayamos por la maniquí...

—Como quieras —contestó Harry.

Ya saliendo todos los agentes, dijo el inspector:

—Cierra por dentro.

—Lo tendré muy en cuenta.

Tan pronto quedó solo, quitó del caballete la tela que solo tenía unas pinceladas y puso una de las tres que había referentes al cuadro del asceta. Las tres tenían la figura sin acabar.

Harry recordaba ahora por qué las apartó: porque el modelo, o sea el viejo Pierson, no acababa de quedar conforme con el paisaje.

Cuando dejó de objetar fue cuando en la cuarta tela puso el saliente de una roca que tenía el aire de un cráneo. Recordaba lo que el viejo dijo, para animarlo a pintar aquella piedra: "Jugará con la sequedad del asceta... El pasa, agotado. Y al detenerse, el bastón proyecta una sombra, como una flecha que señala el final de todos: la muerte".

La sombra del bastón pasaba por encima de la punta de roca que

simulaba una calavera hundida en la arena.

—Si hay clave, se encuentra en lo que señala la sombra del bastón —murmuró Harry.

Y pensando en el inspector, procedió a terminar la tela que había puesto en el caballete. Copiaba lo de la definitiva. Pero la sombra del bastón no apuntaba a nada concreto, sino que se perdía por un extremo del cuadro.

Aún de noche estuvo trabajando. Cuando decidió soltar los pinceles, odiaba la pintura.

—¡Vaya hartazgo!

Sobre el cuadro que el viejo Pierson encontró conforme, colocó la tela que solo tenía unas pinceladas.

—De momento basta este escondite. Mañana, ante la maniquí, ya veremos si vale la pena utilizar su cuerpo para pintar el "Verano"...

Como todas las noches, salió a cenar en un restaurante del barrio. El desayuno y el almuerzo solía efectuarlos en el estudio.

El compartimiento era bastante moderno. Se encontraba en la décima planta. Descendió en el ascensor, después de poner un papel doblado en el marco de la puerta del estudio, para que se mantuviera cerrada.

Lo primero que haría al día siguiente sería mandar que cambiaran la cerradura.

Cuando regresó, el portero todavía estaba levantado.

—Señor Datner: El inspector Harby ha estado aquí, con un cerrajero. Le han cambiado la cerradura. Aquí tiene las llaves.

Se las dio dentro de un sobre. Subiendo en el ascensor, rasgó el sobre y, además de las llaves, encontró una carta.

> "No quiero pensar que estás perdiendo facultades, Harry. Pero dejarte el estudio a merced del que quiera visitarlo, no me parece bien. Mañana, a la hora fijada, te espero en la "Feher Palace", para lo de la maniquí..."

—Bien, ya has calmado tu curiosidad —comentó Harry, una vez en su estudio, viendo que algunos objetos no estaban como él los había dejado.

No le importaba que hubiese notado la pintura fresca del cuadro del asceta. Lo que le preocupó fue la tela que tenía en el caballete, y que cubría el cuadro que aprobó el viejo Pierson. No advirtió ninguna señal de que hubiese sido tocado, y fue a acostarse con el propósito de, a primera hora, cambiar de cerradura.

—Eres muy inocente, inspector, si esperas que no voy a recelar que te has guardado una llave.

* * *

En la casa de modas “Feher Palace”, las exhibiciones eran la atracción de la gente adinerada.

—¿Tenemos aspecto de millonarios? —preguntó Harry, al reunirse con el inspector.

—Tú vienes mejor vestido que yo. Podría pasar por tu guardaespaldas... Más de un “gangster” rico viene aquí con su amiguita de turno. ¿Nunca has tenido un asunto aquí?

—Nunca.

—Yo, sí... hace mucho tiempo.

Se quedó mirando a Harry. Este permaneció imperturbable.

—En parte, va a ser una ventaja —prosiguió el inspector—. Los dueños me conocen. Es un matrimonio muy simpático... Podremos hablar con ellos reservadamente y le explicaremos tu propósito de tener una modelo...

—¿Una cualquiera? Creí que te interesaba Manne.

—¡Claro que me interesa! Es la que te nombró el viejo Pierson. Lo que temo es que no te interese a ti... ¿Qué explicación íbamos a dar luego a los dueños?

—Sobre la marcha, veremos. Yo he de presentarme como pintor, como lo que procuro ser. Y estoy aquí porque me hablaron de una maniquí que quería posar para mí. La maniquí se llama Manne... ¿Está claro, inspector?

El policía hizo como que se resignaba.

—Bien: les hablaremos de Manne.

Y así lo hizo el inspector. Fue quien en todo momento llevó la voz cantante. Los dueños de la casa parecían hacer esfuerzos por disimular su temor.

La locuacidad del policía y el desconcierto del matrimonio Feher, no pasaron inadvertidos para Harry.

—Les acompañaré a la sala de exhibiciones —dijo el marido—. Podrán observar sin ser vistos.

—La modelo número tres es Manne —añadió la mujer.

Un rato más tarde, al aparecer la tercera maniquí, Harry exclamó:

—¡He ahí lo que necesito!

La modelo, además de tener una espléndida figura y una cara bonita, era la que salió con un vestido de noche que la moldeaba magistralmente.

—¿Qué piensas pintar? —preguntó el inspector.

—¿Tú qué me aconsejas? ¿Qué la cubra de pieles y que represente el invierno? —contestó Harry, humorístico—. ¡Qué cuerpo! ¡Y qué manera de moverse...!

—No te entusiasmes demasiado. Quita el pie del acelerador.

Supongamos que ella esté complicada en la muerte del viejo Pierson...

—Me resignaría a no tenerla como modelo. Pero los Feher perderían más —contestó Harry, con perfecta indiferencia.

—Confiemos en que no esté complicada. Ya te encargarás tú de sonsacarla... ¿No me fallarás?

—¿Qué quieres dar a entender?

—Que si averiguas algo que pueda comprometerla, no te lo callarás.

—Primero he de tratarla. Si no tienes confianza en mí, desde este momento me desentenderé del asunto, lamentando haberte dado el nombre de esa modelo.

Tan serio estaba, que el inspector le palmeó la espalda.

—¡Vamos, Harry! Bromeaba... Es conveniente que hagas amistad con ella. La intervención de la policía la pondría en guardia... Me marcho ahora mismo. Te dejo con esa beldad. Les diré a los dueños que te interesa hablar con Manne.

—Sí. Influye para que la dejen salir conmigo tan pronto termine la exhibición.

—Descuida.

Dos veces más vio a la maniquí. Su cabello era rubio claro. Los ojos, verdes.

La cuarta vez que la vio, fue a dos pasos. La oyó hablar a sus espaldas:

—Perdone. ¿Es usted el pintor Harry Datner?

Harry se volvió y vio a la maniquí, con traje de calle.

—Dejémoslo en aprendiz de pintor... Soy Harry. ¿Y usted?

—Para el trabajo me llamo “Manne”. Pero mi nombre es Doris. ¿Basta?

—Incluso sin nombre estaba bien.

La cogió de un brazo y la encaminó hacia la salida. Momentos después se encontraban en el coche.

—Vamos a un bar —dijo Harry—. ¿O prefiere ver mi estudio?

—Lo que usted quiera.

—Vamos al estudio.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

En el estudio, apenas cerrar, dijo Harry:

—Vaya mirando telas... Mientras, prepararé un par de whiskies. ¿Le apetece?

—Sí —contestó ella, enlazando las manos por detrás, y empezando a mirar los cuadros que había en las paredes.

Harry se encontraba en el otro departamento, cuando ella preguntó:

—¿Todo lo que hay aquí lo ha pintado usted?

—Todo, no. Hay cosas de algunos amigos. Sin duda, las mejores.

—Es usted muy modesto. Tengo entendido que pinta muy bien.

—Sí. Ya sé que el señor Pierson le ha hablado de mí, poniéndome

por las nubes —dijo Harry, apareciendo en el estudio con dos vasos grandes que contenían *whisky* y soda—. No sé con qué fin lo hizo... Tal vez para que nos conociéramos.

Harry se quedó esperando una alusión al “problema” que ella tenía. Pero lo que Doris dijo fue:

—Soy aficionada a la pintura... Pero nunca me decido a tomarla en serio... El señor Pierson debió pensar que usted me animaría.

—No soy quién para hacerlo —contestó Harry, ofreciéndole un vaso—. Pero sí creo tener suficiente capacidad para afirmar que su belleza es la que preciso para mí próximo cuadro. Usted decidirá si va a ser el Verano o la Primavera.

Doris pareció azorarse.

—¿Cuál... es menos?...

No se atrevió a seguir.

—¿Qué le pasa? No va a mostrarse más desnuda que en cualquier playa. Además, los ojos del artista...

—Sí. Dígame que son como los de los médicos... Y yo puedo asegurarle que hay cada sinvergüenza...

—¿Artista o médico?

—Ambos.

Harry apuró el vaso, hizo un gesto de resignación y manifestó:

—Lo dejaremos para mejor ocasión.

Doris lo miró, afectada.

—¿Qué quiere decir?

—Que quizá más adelante usted cambie de parecer... O yo tenga otra idea para mí cuadro. Ahora es que necesito una especie de ducha. He estado pintando un esqueleto, y necesito ahora un cuerpo con toda su vitalidad.

Ella fue bebiendo a pequeños sorbos, de espaldas a Harry, haciendo como que miraba los cuadros.

—No quiero parecer una mojigata... Pero preciso ambientarme. Debe concederme algún tiempo.

—Bah. Se ambientará enseguida. Mire lo que hay en este armario.

La llevó al otro departamento, y corrió una puerta. Había ropa de mujer. Una túnica muy transparente fue lo que Harry descolgó.

—Póngase esto.

—¿Sin... nada debajo?

—¿Para qué?

—¡Oh, no!

Tiró la túnica e intentó marcharse. Harry la rodeó por la cintura.

—Eres la modelo ideal, Doris... Contigo conseguiré la obra maestra. ¿Qué falta para decidirte? ¿Crear el “clima”?

Y agarrándole la cabeza, inmovilizándola, empezó a inclinarse, hasta alcanzar su boca. Mientras la besaba, ella fue deslizando una

mano, hasta alcanzarle un codo. Al mismo tiempo una pierna de Doris golpeó en una de Harry.

El pintor dio una voltereta. La cabeza hizo el efecto de que tropezaba contra un mueble. Y Datner quedó tendido, como inconsciente.

—¡Esto te enseñará a no ir tan deprisa! —rechinó Doris, con voz colérica.

Iba a inclinarse sobre Harry, pero enseguida hizo un gesto despectivo y se dirigió a la puerta del estudio. Estaba cerrada por dentro y sacó una llave, probó, pero la cerradura no funcionó.

Se guardó esa llave y regresó al lado del caído. Se puso a registrarlo.

De pronto, fue ella la que dio la voltereta. La falda se le subió a la cintura, y las piernas, de trazo impecable, quedaron por unos momentos al aire.

Harry se hallaba ahora de rodillas junto a Doris, aplicándole una llave que ella trataba de contrarrestar hábilmente, pero sin conseguirlo.

Se puso a besarla, mientras decía:

—¡Ay de ti, como todo no quede claro!... ¡Me importe un comino que seas la amiguita de algún poderoso “gangster”, o una enviada del diablo! Ahora solo me interesa tu cuerpo, joven y fuerte...

Pareció que descuidaba la guardia y ella cayó en el engaño. Saltó como un felino para aplicar en la nuca de Harry un hábil golpe que lo dejara fuera de combate.

Pero cuando más segura se sentía, él hizo un rápido movimiento, se puso de pie, y situándose frente a la joven, empezó a aplicarle llaves sicológicas, para aturdiría.

—¡Conque no querías posar!... ¿Estimas ese vestido? ¡Mira!

Parecía tener en cada mano un par de tijeras. Cada vez que le rozaba la tela del vestido, se oía un leve ruido y aparecía un corte vertical.

Pronto Doris se encontró cubierta de andrajos, mostrando las partes más íntimas del cuerpo. Lo peor era que centraba su atención en cubrir su desnudez, en lugar de pasar al contraataque.

De vez en cuando lo intentaba, pero Harry sabía esquivarla.

La túnica cayó sobre el cuerpo de Doris, casi totalmente desnudo.

—A ver si ahora haces remilgos.

Del suelo recogió una llave. Era la que Doris utilizó, sin resultado, para abrir la puerta del estudio.

Salió del departamento para dar tiempo a la muchacha a que se cubriera. En el estudio comparó la llave con otras dos que tenía en un sobre.

—Aquí te espero —dijo, sentándose frente al caballete, en actitud pensativa.

Transcurrieron varios minutos. Un cuchillo de cocina se clavó en lo alto del caballete, atravesando la tela.

Harry emitió una maldición y corrió a dónde estaba la muchacha. El primer impulso fue pegarle. Luego agarrarla del cuello.

Pero a unos pasos de ella, se detuvo. Primero, sorprendido por la indumentaria. Se había puesto unos pantalones de hombre, pero adaptados graciosamente para la mujer. Y un jersey, que le moldeaba el busto con mucha picardía. La cabellera la llevaba suelta, a ambos lados de la cara.

Estaba ahora más bonita que con el vestido que Harry había destrozado. Y, sobre todo, parecía más joven.

Repuesto de la sorpresa, se fijó en la cara de Doris. En su burlona sonrisa.

—¿De dónde has sacado esa ropa? —preguntó.

—De tu armario.

—No recuerdo que estuviera ahí.

—Pues en tu armario estaba. Y parece que esté hecha a mí medida.

Dio la vuelta. El pantalón le perfilaba los escuetos contornos de las caderas.

Harry la agarró de un brazo. Ella no pareció asustarse.

—¿Quién te dio la llave?

—Si lo sabes, ¿por qué lo preguntas?

—¡Quiero que me lo digas tú!

—Bien. Me la dio el inspector.

—¿También la ropa?

—Bueno: Este fue una previsión mía, cuando el inspector me habló de tu “diplomacia” con las mujeres...

—Con las mujeres que me gustan e intentan retroceder después de haber aplicado un fósforo a la leña.

—¿Yo he hecho eso?

—Algo peor. Te has prestado a sustituir a Manne.

—¿Cuándo lo advertiste?

—En la casa de los Feher, el inspector ya empezó a mostrar la oreja. De todas formas, yo sabía que él no cumpliría su promesa de permanecer quieto con respecto a Manne...

—¿Y qué podía hacer el inspector? ¡Cada minuto que transcurre es una ventaja para los que asesinaron si viejo Pierson!... De todas formas, tú tampoco has cumplido tu promesa de juego limpio.

—¿Qué he hecho yo?

—Volverte una fiera...

Harry se apresuró a decir:

—Quería ver cómo reaccionabas. Por el viejo Pierson sé que Manne tenía sus “problemas”. Y tú solamente has sabido mostrar remilgos y decir que la pintura te gustaba...

Los ojos verdes de Doris brillaron, como contestando a un reto.

—¿Remilgos? Cuando quieras, posaré completamente desnuda...

pero con una automática a mí alcance para vaciar el cargador en tu cabeza, como te salgas de tu papel de artista. ¿Aceptas?

—¿Y qué lograrías con eso?

Doris supo conseguir un gesto de sincera modestia.

—Nada, en realidad... Debes estar acostumbrado a contemplar cuerpos perfectos.

—Sí, estoy acostumbrado. Aunque he de reconocer que tu figura está fuera de serie... Otro fallo que he advertido en ti es tu habilidad para aplicar llaves.

Doris movió los hombros, en burla a sí misma.

—¡De poco me ha servido!... Yo ya estaba advertida por el inspector de que eras un maestro en judo...

—Nada más un cinturón “azul”.

—Porque no has querido llegar al “marrón” y optar al “negro”. Serías demasiado conocido.

—No. Es que opté por los colores de los cuadros... Otro fallo tuyo ha sido...

—¡No ha habido ningún fallo! —replicó ella, muy firme—. El inspector me dijo que eras hábil contra gente confiada como el agente Rowley...

Harry rompió a reír.

—¿El agente de ayer en la pensión? ¡Ya veo! Has querido vengarlo.

—Por lo menos lo he intentado. En cuanto a que yo haya dicho que me gusta la pintura...

Se dirigió a dónde estaba la paleta y los tubos de pintura.

—No toques nada —dijo Harry—. Hay cesas más importantes que discutir.

—Está bien —y la muchacha señaló el cuchillo que había clavado en la tela—. He ahí tu fallo. Porque he agujereado una tela sin pintar, has palidecido. ¿Qué hay detrás?

Harry se quedó mirándola con sorna.

—¿Tú qué crees?

—Que tapa el verdadero cuadro del “Asceta”. El inspector no quiso tocar esta tela por miedo a estropear el que pudiera haber debajo.

—Tú, sin embargo, no has vacilado en acuchillarlo.

—He tirado a un ángulo donde no podía hacer ningún daño.

Ella misma, con mucho cuidado, sacó el cuchillo.

—¿Perteneces al Departamento de Policía? —preguntó Harry.

—Por ahora, sí.

El pareció decepcionado.

—¡Qué lástima...!

—¿Qué tiene de malo la profesión de policía? Para mí posee aspectos apasionantes.

Harry movió la cabeza, mientras hacía un gesto sarcástico.

—Cuestión de sensibilidad y de suerte en los asuntos que te toque enfocar. En mi profesión de detective privado he tenido que revolver demasiada basura... ¿Qué asuntos te encomiendan? ¿Alguna vez has servido de cebo para atrapar a algún "gangster"?

Doris lo miró, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo solo he preguntado. ¿Es que ya has hecho ese trabajo?

—Lo estaba haciendo en una casa de modas tan importante como la "Feher". Pero de pronto surgió la cuestión de la maniquí que el viejo te recomendó.

—¿Hacías de maniquí en esa otra casa... para que algún magnate picara en la modelo y no en el vestido?

—Eso mismo.

—¿Alguien determinado?

—Alguien del que solo se conocen sus costumbres íntimas, pero se ignora su físico y su nombre.

—¿Sus costumbres íntimas? Explica eso...

Doris se volvió de lado, para que Harry no advirtiera su turbación.

—Alguien que deja las señales de sus dientes en los hombros de sus víctimas. En tres meses han aparecido dos cadáveres de mujeres jóvenes. Una era bailarina. Otra, maniquí de la "Mode Mulard".

Harry hizo un gesto de sorpresa.

—¡Yo intervine una vez en el asunto de una maniquí de esa casa! Había desaparecido, y me contrataron para que investigara. Cuando tenía el asunto bastante adelantado, me dijeron que lo dejara porque habían recibido noticias de la maniquí, que se hallaba viajando por Extremo Oriente, con un magnate. Me pagaron espléndidamente y olvidé el asunto. Pero me dejó la sensación de que algo no estaba claro...

—La "Mode Mulard" tiene a gala exhibir a las modelos más bellas. Parece que se preocupa más de las maniquís que de los vestidos...

—¿Y tú entraste a trabajar allí?

—Hace un par de semanas.

—¿Observaste algo raro?

—Mucha amabilidad en el dueño, un sueldo espléndido... y mucho nerviosismo en las modelos.

—¿Nada te confiaron?

Doris movió la cabeza.

—Nada. No es fácil intimar con ellas... Y a mí creo que me miraban con cierta prevención. Ese es el pretexto que he utilizado para despedirme de "monsieur" Mulard; que las compañeras no me tenían simpatía y que me sentía incómoda.

—¿Qué dijo él?

—Lamentarlo, pero creo que por mera fórmula. En el fondo se alegraba de que me fuera.

—¿Eso cuándo fue?

—Ayer mismo.

—Y hoy entraste en la "Feher Palace". Para el simulacro. ¿Por qué?

—Porque Manne desapareció el mismo día que mataron al viejo Pierson. Y porque hay algo que todavía no te he dicho... El individuo que deja las señales de sus dientes en los hombros de sus víctimas —siempre mujeres jóvenes y bonitas—, las apuñala por la espalda. Y utiliza cuchillos idénticos... al que tenía el viejo en la espalda.

Harry estuvo unos instantes callado. Por momentos su rostro iba expresando mayor disgusto.

—¡No estoy conforme con el inspector! ¡Me ha estado ocultando demasiadas cosas! No he visto el cuchillo, ni los dibujos... Ni ha sido claro al referirse a ti.

—El inspector Harby ya cuenta con estos reproches. Tampoco tú has obrado con mayor limpieza. Le ocultaste que Manne tenía "problemas". También has ocultado la tela...

—Más que por prevenirme del inspector, era por los posibles "visitantes". Ese cuadro debe tener una clave...

—Ya te lo dijo el inspector y tú lo rechazaste.

—¿Qué se habría adelantado, si yo hubiera dado por buena su sugerencia? Se hubieran llevado el cuadro... Y yo necesito tenerlo a la vista... mientras recuerdo todo lo que el viejo Pierson y yo hemos hablado durante el tiempo que él ha estado viniendo aquí. ¿Tú has visto el cuchillo?

—He visto tres. Los que aparecieron en el cuerpo de dos mujeres jóvenes, y el del viejo. Son idénticos...

—¿Tienen algo característico?

—En la empuñadura tienen un diamante falso, uno en cada cacha de hueso.

—¿Y la hoja?

—Es muy estrecha. Son cuchillos que pueden estar sobre cualquier mesa escritorio, como para abrir cartas.

—¿Qué han dicho en la "Feher Palace" sobre la desaparición de Manne?

—Se han mostrado muy asustados al ver al inspector. Hasta entonces no habían querido pensar que a la modelo le hubiera podido ocurrir nada importante. La creían indispuesta.

Doris se encaminó al otro departamento.

—¿A dónde vas?

—A enseñarte algunas fotografías de Manne. Las facilitaron los dueños.

Le trajo seis, cada una con un vestido distinto. Era una muchacha rubia, pero de un rubio más oscuro que el cabello de Doris.

—¿Desde cuándo están estas fotos aquí?

—Desde anoche. Lo dejamos a La suerte, el inspector y yo... Cuando el inspector iba a abandonar la casa de los Feher, me ha dicho: “No te confíes. Puede que esté fingiendo que no ha visto nada extraño en su estudio”.

—¿Estaban en el armario?

—Sí, con esta ropa —se refería a la que llevaba.

—¡Han podido venir en nuestra ausencia y registrar el armario!

—En parte, eso perseguía el inspector: que supieran que estábamos sobre la pista de Manne.

Harry hizo un gesto de furor.

—¿Ves? ¡Esa frialdad de máquina es la que nunca he podido soportar de tu condenado inspector Harby! ¡Desea que el enemigo sepa que estamos tras esa muchacha! ¿Ya sabe él con certeza que es culpable de la muerte del viejo? Con esto solo se conseguirá que el enemigo tenga más “prisa” por liquidarla, si es que para ellos constituye un peligro.

Doris permanecía mirándolo con mucha atención. Por primera vez, la distancia que existía entre los dos pareció acortarse, por decisión de la joven.

—Agradezco tu indignación. Yo tampoco estaba conforme con el inspector. Pero él me replicó: “Los sentimentalismos para erando uno esté retirado de la profesión... Ahora hay que ser tan secos como el asceta que Harry ha pintado”.

El contrajo el rostro, en una expresión sardónica.

—¡Ciego y estúpido como siempre!

—¿Quién? —preguntó ella, mordiéndose el labio inferior para evitar la sonrisa.

—¡El mastuerzo del inspector Harby!... ¡“Seco” como el asceta! ¿Eso ha sabido ver, el gran majadero?

Apresuradamente quitó la tela que cubría el cuadro.

—¡Míralo! ¡Si algo tiene bueno... es el haber dejado los huesos y la piel precisa para que la llama espiritual que contiene, no escape a lo alto...!

Doris miraba, absorta, el cuadro. Sus ojos iban brillando de entusiasmo.

—¡Esto, sí!... ¡La mala copia que vi anoche, me decepcionó...!

—Tuve que hacerla deprisa.

Sonó el teléfono, en el otro departamento. Cuando regresó, Harry parecía muy afectado.

—¿Puedo saber?... —empezó Doris.

—Una voz de mujer que dice ser Manne... y que parece muy asustada, me cita en un bar de los suburbios. Quiere que vaya solo. ¿Me traicionarás?

—¿Yo? —y los ojos de Doris se agrandaron—. ¿En qué?

—Quiero que me aguardes aquí, por si tengo precisión de darte algún aviso. Si el inspector viene o te llama, no le digas que sabes a qué he salido. Limítate a decir que me he marchado prometiendo volver pronto...

Doris empezó a pasearse, por momentos más furiosa.

—¡Me colocas entre la espada y la pared!... Quiero colaborar contigo. El inspector me lo pidió... Pero si falto a mí deber...

—¿Te pidió ese mastuerzo que colaboraras conmigo?

—¿Qué tiene de extraño?

—Él sabe que para colaborar conmigo hay que ganarse mi confianza. Ahí tienes tu agarradero. Te propusiste ser leal conmigo... para ganarme, ¿comprendes?

—Sí, pero...

—No hay más que hablar.

Y se dispuso a salir.

—Espera —dijo Doris—. Puede que te sigan...

—¿Agentes? No me preocupa.

—Quizá, también, algún enemigo. Vistes demasiado elegante para visitar un suburbio.

Harry se echó a reír.

—Salga de aquí con esta ropa... Pero todavía conservo algunas de mis “estaciones” de transformación. Por el camino iré cambiando de indumentaria, de andares... y quizá de cara.

Riendo, abrió la puerta. Allí se *volvió* para enviarle un beso con la mano.

—¡Verdaderamente hermosa! ¡Ay, el día en que pintemos el “Verano”!

Y cerró la puerta, para no ver la reacción que se producía en Doris. Hubiera sido de indignación, si *él* hubiese permanecido mirándola.

Pero al quedar sola, la joven sonrió...

CAPÍTULO III

Cambió de indumentaria, en las sienes se dio unos toques de gris, y se puso gafas que le proporcionaban aire de intelectual. Parecía, en realidad, un profesor con pocos recursos, a juzgar por el traje, muy usado.

Entró en el bar, con aire de despistado. Era un antro con escasa luz y bastante humo.

El *barman* era un tipo recio, calvo, de pobladas cejas. Harry se situó en el mostrador. Por suerte, el que servía estaba atendiendo a dos clientes.

Harry pudo observar las meses, sin necesidad de pedir nada. En un ángulo de la sala vio a una mujer de cabellos grises, que llevaba un sombrerito de plato sujeto al pelo.

El sombrero, como los lentes de Harry, constituían la consigna para reconocerse. Él se le acercó, haciendo una cortés reverencia.

—¿Me permite?

—Puede sentarse —contestó ella—. En parte, se lo agradezco. No me gusta estar sola.

Harry, después de observarla, dijo:

—Procure no mirar de frene. Sus ojos son demasiado "jóvenes".

—... Y asustados —agregó ella—. Pienso en la "Primavera"...

—De acuerdo, Manne. ¿Por qué ha tardado tanto en ponerse en contacto conmigo?

—Temí que la policía interviniera el teléfono. Pero esta tarde he sabido que había una joven haciéndose pasar por mí, y he creído necesario arriesgarme. Esa mujer corre mucho peligro, suplantando a Manne. Debe usted ampararla. Me han dicho que es muy bonita...

—Lo es. Tampoco usted tiene nada que envidiarle. Manne sonrió.

—¿Usted me conoce?

—Tengo fotografías, que nos han facilitado el matrimonio Feher. ¿Cómo ha sabido que la sustituían?

—He telefoneado a los señores Feher. Se han alegrado mucho al saber que nada me había ocurrido. Entonces me informaron de la nueva modelo...

Un camarero se acercó. Harry pidió una copa de coñac. Manne todavía tenía la mitad del refresco que pidió al principio.

Al marcharse el camarero, dijo él:

—Debemos apresurarnos... El malogrado señor Pierson me habló de usted...

Manne inclinó la cabeza.

—Sí... Pero a usted no parecía interesarle conocerme.

—No era eso. Teníamos convenido pintar un cuadro totalmente opuesto al que hacía teniendo por modelo al señor Pierson. Pensaba sinceramente que usted quería servir de modelo... De que usted tenía “problemas” me habló el último día. Y no me recalcó que se trataba de algo urgente.

—Eso creíamos los dos. Pero él ya tenía la muerte pisándole los talones... Yo me dirigí esa noche a su pensión. Pero advertí los coches de la policía en la calle. Luego, la ambulancia... Presentí que se trataba del señor Pierson, y me escondí, hasta hoy.

—¿Qué relación tienen sus “problemas” con los del viejo?

—Él sabía que yo vine de San Francisco, donde hacía dos años que actuaba como modelo, con el propósito de descubrir al que mató a mí mejor amiga, otra modelo. Fue apuñalada... como el señor Pierson.

—¿Cuándo murió su amiga?

—¿Ruth? Ayer se cumplieron los dos meses. Su cadáver apareció tirado a un lado de la carretera...

—¿Cómo consiguió el viejo Pierson saber sus propósitos? ¿Es que se conocían?

—Yo a él, no. Una noche se presentó en mi departamento. Su aire inofensivo me inspiró confianza. Me dijo algunas galanterías y de pronto soltó: “Manne: Regresa a San Francisco, o piérdete en cualquier otra ciudad. Lo que tú persigues es demasiado peligroso”. En vano traté de disimular. Me dio toda clase de detalles, probando que conocía mi amistad con Ruth y mis deseos de desenmascarar al culpable.

—Quizá lo comentó usted con alguna compañera, en San Francisco.

—Sí, lo hice. La muerte de Ruth me tuvo abatida durante varios días. Pero el señor Pierson nunca quiso revelarme cómo consiguió saber mis propósitos.

—¿Y usted decidió seguir en Nueva York?

—Sí... Entonces... Bueno, fue más tarde cuando me habló de usted.

—¿Qué le dijo?

—Que usted ya había abandonado la profesión de detective privado y que se dedicaba a pintar. “Le iré metiendo en la cabeza la idea de un cuadro que precise a una muchacha como tú”. Pero hace unos días, cuando entré en mi compartimiento, lo vi todo revuelto. Alguien hacía estado registrando todo, incluso en los forros de los muebles. Cambié de domicilio, y al viejo le dije que cuando quisiera saber de mí que llamara a la casa donde trabajaba. Pero nunca llamó...

—Sin embargo, él no parecía haberla olvidado. La última vez que posó en mi estudio, me habló de usted como no lo había hecho hasta entonces. En cuanto al registro, también han efectuado uno en mi estudio. De momento, no era su muerte lo que buscaban...

—No. Eran unas fotos.

—¿Cómo lo sabe?

—Dejaron una nota advirtiéndome que si decía algo al señor Pierson, él y yo correríamos peligro de muerte. Me pedían que si apreciaba al viejo, procurase averiguar dónde tenía guardadas unas fotografías de paisajes...

—¿No precisaron de dónde eran esos paisajes?

—De una zona desértica, próxima a Las Vegas.

Harry quedó ensimismado. De pronto, advirtió en Manne un estremecimiento.

—¿Qué le ocurre?

—Hace rato que nos están observando.

—No me volveré. Pero dígame qué aspecto tienen, y dónde están.

—Uno se halla en el mostrador, hablando con el *barman.* De vez en cuando, mira hacia aquí. Parece muy fuerte...

—¿Quién más?

—Dos que hay sentados muy cerca de nosotros. A veces se inclinan hacia aquí, como para oírnos.

—¿Desde dónde me ha telefoneado usted?

—Desde un teléfono público.

—Entonces, han intervenido el mío.

—¿La policía?

—Y el enemigo. ¿Considera seguro su refugio?

—Sí. Muy seguro.

—¿Tiene teléfono?

Manne asintió con un movimiento de cabeza.

—Dígame el número. Lo retendré en la memoria. Y mientras no exista una urgente necesidad, no llame al mío. Permanezca escondida.

Manne dijo su número. Harry lo repitió dos veces.

—Ya está “anotado”. Ahora se marchará, levantándose deprisa y desapareciendo por esa puerta... Si alguien intenta seguirla, yo lo pararé. Y alegre esa rara. Esta entrevista va a tener buenos resultados.

Lo creía sinceramente, en lo que se refería al problema del viejo Pierson. Pero dudaba que tuviera relación con lo que Manne perseguía: encontrar al asesino de la modelo Ruth.

De pronto, surgió el recuerdo de los cuchillos. Según Doris, los tres eran idénticos.

Harry se animó. Y cogiendo una mano de la modelo, la acarició.

—Demasiado tersa para una “vieja” que viene a este tugurio —siguió acariciándole la mano—. Levántese como ofendida, dígame algo y desaparezca. ¡Ahora!

Manne no se movió.

—No puedo irme. Usted me deja en las mismas dudas que estaba. No me ha contado qué deducciones saca de lo que le he dicho...

—Claro que no.

—¿Por qué?

—¿Porque es demasiado pronto? ¿Quiere ver cómo se marcha?

Se inclinó sobro ella e hizo como que iba a besarla. Al mismo tiempo le quitaba la peluca. Aparecieron unos cabellos rubio oro, muy cortos. En la frente, se advertía en la parte superior una raya más clara, indicando el límite del “maquillaje”.

—¿Está loco? —prorrumpió Manne, aterrorizada.

Y echó a correr, tan aprisa como Harry deseaba que lo hiciera. El que estaba en el mostrador, hablando con el *barman*, intentó seguirla.

Harry le salió al paso.

—¡Quieto!

El otro adelantó los puños. Datner dio un salto de costado, le golpeó en el estómago y el individuo se inclinó, descubriendo la nuca.

La mano de Harry cavó de canto. Y el individuo se desplomó. El *barman* levantó una botella, dispuesto a golpear al detective en la cabeza. Pero este lo vio a tiempo y se lanzó sobre él, agarrándole del brazo con que manejaba la botella y, con la otra mano, del pecho.

Los dos que, según Manne, se inclinaban de vez en cuando para escuchar, habían intentado levantarse, para seguir a la fugitiva. Pero el espectáculo que les ofrecía Harry les pareció más atractivo, y continuaron sentados.

—Verás cómo se los merienda —dijo uno, en el momento en que el ex detective se lanzaba sobre el *barman*.

Le obligó a soltar la botella. Y, como no haciendo ningún esfuerzo, retrocedió unos pasos, teniendo sujeto al *barman* de los hombros.

El pesado cuerpo del individuo empezó a retorcerse, yendo en la dirección en que retrocedía Harry. Cruzó con el pecho, luego el vientre, el tablero del mostrador. Y por fin dio la voltereta, cayendo de espaldas sobre el entarimado.

El primer individuo parecía estar haciendo esfuerzos por levantarse. De pronto, dio un salto, quedando en pie.

Con la derecha, empuñaba una automática. Al tiempo que Harry se lanzaba para golpearlo en el bajo vientre con la cabeza y agarrarlo de las piernas, sonó un disparo. Enseguida otro.

Los proyectiles pasaron casi rozando su espalda. Partían de los que estaban sentados a la mesa.

Harry cayó junto con el individuo que acababa de agarrar.

—¡Buena la habéis hecho, sabuesos! —prorrumpió Datner, al advertir que el sujeto estaba muerto.

Los dos agentes lo miraron, atónitos.

—¿Sabías nuestra condición de policías? —preguntó el que momentos antes oyó del compañero la facilidad con que Harry se los merendaría.

—Tenéis un “olor” especial...

El *barman* permanecía en el suelo. Viendo al otro muerto, no osaba moverse.

—¡Juro que yo... no conocía a ese individuo!... ¡Tampoco sabía que fuera armado! —declaró, sin que nadie le hubiera preguntado todavía.

Harry ni siquiera lo miró. Siguió dirigiéndose a los agentes:

—¡Muy listo el inspector Harby, al intervenir mi teléfono! Pero como ahí fuera no haya quedado alguno de vuestros compañeros, para seguir a la "vieja"...

—¿Vieja? Que me abra la puerta una vieja así, cada vez que regreso a mí cuarto de soltero —comentó el agente, que conocía las diabluras de Harry, rompiendo a reír.

—Ya veremos si tenéis tan buen humor cuando os enfrentéis con vuestro jefe.

El pintor dejó unas monedas sobre la mesa y salió, diciendo:

—Aunque debía considerarlo como invitación de la casa.

* * *

Cuando Harry entró en su estudio, Doris había desaparecido. Dejó una nota.

> "No te he traicionado. Tampoco ha habido necesidad, porque el inspector sabía a dónde ibas. Mañana vendré... aunque solo sea como aficionada a la pintura".

—Por lo menos, no has tratado de disimular que el narizotas del inspector estaba al tanto —comentó Harry.

Después de asegurarse de que la puerta quedaba cerrada con llave y pestillo, quitó la tela que cubría al asceta, se sentó frente al caballete y encendió un cigarrillo.

Mientras, iba recordando las incidencias que ocurrieron hasta lograr el paisaje de fondo a gusto del viejo Pierson. El paisaje pintado existía en la realidad. La roca que tenía aire de calavera emergiendo de la arena, existía, porque Harry la vio en fotografía. "La casualidad ha hecho que cayera en mis manos esta foto. ¿Ve? Una cosa así daría el ambiente que el cuadro pide", le dijo Pierson.

Harry lo juagó adecuado, y se puso a pintar. Estableció algunas reformas, que el viejo aceptó. Menos en la piedra que recordaba un cráneo, y en la cordillera que aparecía al fondo, de un gris azulado. Tenía un desgarrón, un profundo barranco hacia el que apuntaba la sombra de la vara. Esa sombra parecía la saeta de un reloj, cuyo centro fuese el barranco, y la calavera de roca, la hora.

—¿Qué se esconde ahí? —se preguntó Harry.

Por dos veces se había levantado para ponerse *whisky* en el vaso.

Mirando el cuadro, se durmió.

Cuando despertó, era ya de madrugada.

Cubrió el cuadro y se acostó. Bien entrada la mañana, sonó el timbre de la puerta. Se cubrió con el batín, cogió la automática y fue a la puerta.

—¿Quién?

—Soy yo, Harry.

La voz de Doris, por momentos, le resultaba más agradable. Había estado soñando con el asceta, el seco paisaje y la estallante juventud de la muchacha.

Abrió la puerta, pero sin dejar de empuñar la automática, que guardaba en un bolsillo. Únicamente cuando vio sola a la joven, dejó de guardar precauciones.

Ya la puerta cerrada, Harry se arregló el revuelto cabello y dijo, con mal humor:

—El asceta, tú, la arena... Todo revolviéndose dentro de mi cabeza. Ningún caso había conseguido hasta ahora turbar mi sueño.

Ella se echó a reír.

—¿Qué papel hacía yo en tu sueño?

Él se le acercó. Antes de cogerla, preguntó:

—¿Sin llaves?

—No entiendo...

Le estampó un beso en los labios y retrocedió unos pasos.

—Ese era tu papel: la vida y la belleza, dominando la muerte...

Doris había enrojecido. Mirándolo fieramente le espetó:

—¡Estúpido!... He estado a punto de perder mi profesión, por defenderte. Ahora me doy cuenta de que el inspector está en lo cierto al decir que no eres más que un fresco que saca partido de todas las situaciones.

Harry, como si oyera llover, preguntó, con toda naturalidad:

—¿Te has desayunado?

—¿Y a ti qué te importa?

—Ve a la cocina mientras me ducho. Encontrarás todo a mano... Mientras nos desayunamos, quizá cambiemos de humor. Yo me he levantado con ganas de morder clavos.

Se fue al lavabo. Al poco se oía la ducha, y la voz de Harry berreando una canción de moda.

Fue a vestirse. Cuando por fin salió al estudio, sobre una pequeña mesa había café, huevos fritos y jamón.

Doris permanecía a un lado de la mesa, muy erguida, la expresión adusta.

—¿Quiere algo más el “señor”?

Harry la tocó en un hombro. Pareció que fuera a inclinarse, para besarla de nuevo, y ella se dispuso a aplicarle una llave.

—Siéntate, querida —dijo Harry, sin besarla ni parecer advertir que ella estaba preparada para derribarle—. Voy a hacerme la ilusión de que ambos vamos juntos en la difícil “ruta del arte”... Imagínate un compartimiento más modesto. Para seguir este tren de vida, yo tengo para unos cuatro años. Teniendo un compartimiento menos caro, y no siendo tú muy exigente para llevar el paso de la moda, los dos podríamos sostenernos esos cuatro años. Y durante ese tiempo, quizá llegara el triunfo...

Ella se había sentado frente a Harry. Primero lo escuchaba con ciara repulsa. Luego sonreía.

—Sírvete, querida. No puedo esperar más. Anoche no cené...

—Sé lo que hiciste anoche. Estuvieron a punto de matarte —dijo Doris, sirviéndose un poco de comida.

—Todo el que cruza una calle corre ese riesgo...

El tipo que cayó anoche bajo los disparos de tus compañeros, quizá podía damos una pista.

—Entonces, ¿no debieron matarlo?

—No quiero ser desagradecido... Quizá yo no hubiera podido con él. Pero en todo esto hay algo que no puedo soportar. Y hoy se lo plantearé al inspector. Tan pronto me desayune, sacaré unas fotos del cuadro, y si Harby quiere llevárselo, no pondré obstáculos.

—¿Dejarías que se llevaran lo que posiblemente sea tu obra maestra?

—¿Por qué no? Él tiene la manía de que esa pintura posee su clave. Que se lo lleve al laboratorio y que averigüe si hay pinceladas invisibles...

Doris lo miró con alegría.

—El inspector se pondrá muy contento... Él y yo hemos discutido, y por fin ha accedido a que yo tratara de convencerte de que debían llevarse el cuadro por las buenas. ¿Puedo telefonearle?

—Tan pronto lo haya fotografiado. Así, si se pierde, me quedará un recuerdo.

Terminó el desayuno, y preparó la máquina fotográfica. Disparó varias fotos, situando el cuadro y la máquina en distintos sitios, para nuevas luces.

—Ya puedes avisarle.

—¡Enseguida!... Ah. Nada le diré de que has sacado copia fotográfica.

—Esto lo hacemos la mayoría de los pintores... Pero mejor es que no le digas nada.

Extrajo el carrete y guardó la máquina. Un técnico de confianza se encargaría de revelar las fotos y de sacar copias de distintos tamaños.

A los cinco minutos de haber llamado Doris por teléfono, apareció el inspector.

—¿Es posible, Harry? —preguntó, receloso.

—¿Qué?

—Que nos autorizas a qué nos llevemos el cuadro... “verdadero”.

—Si este es el que consideras “verdadero”...

Apenas lo miró el policía, dijo:

—¡Claro que es este! Te prometo que lo trataremos con el mayor cuidado, Harry...

—Para mí va a ser una comodidad que os lo llevéis. Ya me estaba fastidiando. Yo no puedo estar aquí en permanente guardia. He de salir.

—¿A dónde?

—A la calle... O quizá me vaya de Nueva York por una temporada.

—En el caso de que salieras de la ciudad, ¿a dónde irías?

—No lo sé aún. Pero desde luego procuraré salir de tu jurisdicción.

—¿Y qué ganarías? Que intervinieran los federales. ¡No me hagas esa jugada, Harry! ¡Somos viejos amigos!

El pintor se echó a reír.

—Pero, ¿qué diablos temes? Este caso no es para encumbrar a nadie. ¡La muerte de un viejo esquelético... que seguramente empleaba un nombre falso!

—Así es —contestó el inspector, súbitamente—. Y no es por el brillo que pueda dar este caso, Harry... Ya Doris te ha dicho que los cuchillos eran idénticos. Yo conocía a una de las muchachas muertes... Era una buena chica.

—¿La modelo Ruth, o la bailarina?

—Chera, la bailarina, Muchas veces le aconsejé que llevara cuidado con sus amistades. La última vez que la vi me dijo: “Tengo a la vista mi gran oportunidad. Sabré aprovecharla”. Ya no supe de ella, hasta que me llamaron del depósito, para que la identificara. Con la modelo Ruth se dio el mismo caso que con Chera: aparte el cuchillo con los diamantes falsos en la empuñadura, había huellas en el cuello y las muñecas de haber sido despojadas de las joyas con violencia... Unas huellas casi tan fuertes como las que habían dejado los dientes en los hombros. ¡Quiero dar con ese sádico!

Por primera vez, Harry no dudó de la sinceridad del inspector.

—Creo que el asesino escapará a tu jurisdicción...

—¿Qué te hace suponerlo?

—Él debe estar muy al corriente de nuestros pasos. Sería un estúpido dejar que el círculo se estreche. Al apuñalar a Pierson de la misma manera que a las dos muchachas, ha querido cerrar un ciclo, para empezar una nueva etapa en otro Estado... ¿Qué hay de los dibujos del viejo?

El inspector parecía estar esperando la pregunta, porque enseguida los sacó de un bolsillo.

—Te mentí al decirte que eran dibujos perfectos. Son apuntes como hechos por un niño.

Los puso sobre la mesa. Estaban hechos unos a lápiz, otros con pluma estilográfica.

Unos parecían querer representar la giba de unos pequeños montes, o dunas. Otros simulaban arbustos sobre un terreno ondulante.

El que más interesó a Harry fue uno que representaba un viejo reloj de armario. No tenía más que una saeta, la minutera. Al menos eso parecía indicar su tamaño, al rebasar los puntos que significaban los minutos y las horas.

Los puntos que representaban las horas eran más gruesos. La saeta señalaba tres minutos para la hora que correspondía a las cinco.

Pero, fuera del reloj, como si haciendo el dibujo hubiese desaparecido la tinta de la pluma, había como dos paréntesis cada uno teniendo la curva en dirección distinta.

Más bien parecían las antenas de un insecto.

—¿Dónde encontrasteis estos papeles? —preguntó Harry.

El inspector había simulado no prestar atención al examen que hacía Harry. De reojo lo miraba. Pero nada pudo leer en el rostro del pintor.

—En el bajo de la chaqueta que llevaba, entre el forro y la tela. Nosotros tuvimos más tiempo que el agresor —concluyó, con ironía—. Claro que si esos dibujos tenían algún significado para el asesino, los obtuvo con tinta fresca, aplicándole la punta del cuchillo a la nuca, mientras dibujaba.

—Suponiendo que el viejo Pierson no sintiese la tentación de falsearles la clave de todo esto —replicó Harry.

—¡Eso creo yo! ¡Dime lo que piensas! —enseguida, haciendo una transición—. Sé que tienes motivos para no fiarte de mí. Nos hemos hecho muchas perrerías. Pero lo de intervenir el teléfono, debes interpretarlo en el sentido favorable. Te conozco demasiado para saber que no retrocederías... Yo tenía la obligación moral de protegerte. Si no te fías de mí, déjate llevar por Doris. Ella te defiende hasta el extremo que me ha sacado de quicio esta mañana. He llegado a amenazarla con formarle un expediente, para que la den de baja... Luego he reconocido que ella tenía razón: que jugar con reservas y tretas no conduce a nada. ¿Es así, Doris?

Lo decía sinceramente afectado. La muchacha había enrojecido, al oír al superior, que ella había arriesgado su puesto por defender a Harry.

—Así es —reconoció la muchacha, clavando sus esplendorosos ojos verdes en el rostro de Datner.

—Voy a darte una prueba de que renuncio a toda treta, Harry. Ayer, durante la exhibición de modelos en la "Feher Palace", tenía oculto a

un fotógrafo que se encargaba de recoger las reacciones del público, a medida que iban apareciendo las modelos. Aquí traigo algunas fotos —las sacó de una abultada cartera de cuero—. La película podrás verla, en la comisaría. Pero estas fotos te darán una idea de lo que ocurrió. Mira. Mujeres de la alta sociedad, muy conocidas en Nueva York Algunas van acompañadas de sus maridos. Otras... Mira esta. Y esta... Parejas. Ellos son conocidos en el mundo de las finanzas Ellas, quizá proceden de los clubs nocturnos. Lo averiguaremos. Lo más importante es este sujeto. Se llama Radnay y mueve mucho dinero en la bolsa. Fíjate en la cara de los dos. El parece entusiasmado, mirando al estrado. Ella, por el contrario, no siente interés por el vestido que se exhibe, sino que mira a su acompañante, resentida... Le misma reacción se produce en estas tres fotos. ¿Sabes, Harry, cuándo este individuo miraba entusiasmado y su compañera reflejaba despecho?

—Cuando aparecía Doris —contestó Harry—. Es da una belleza que compromete a cualquier hombre que lleve a su lado a una mujer.

Y se quedó mirando a la mujer policía, con "ojos de artista". Ella intentó un gesto de enfado, pero rompió a reír.

—Bien, "señor" inspector —dijo Harry, procurando disimular la seriedad con que hablaba—. Voy a confiar en ti... Y voy a mostrarte mis cartas. Me propongo apartar a Doris de la profesión de policía. Es demasiado hermosa para que la utilicéis como cebo de tiburones. Si tiene verdadera afición a la pintura, no me interesa de momento. Solamente veo que es la mujer que he estado esperando en mi vida...

—¡Oye, Harry! —intentó protestar ella.

—No habrá llaves para obligarte a que sigas mi "ruta de artista". Si al final te veo reacia, me resignaré. Pero el plan que llevo es el que acabo de anunciar. ¿Me vas a poner obstáculos, inspector?

—Cualquier cosa se te podrá reprochar, menos que no seas claro en cuestiones que la mayoría procuramos velar —dijo el policía.

—¡Amo la luz!... Bien: ¿Qué me contestas?

—Ella todavía se encuentra en el período de prueba. Su ingreso en el cuerpo de policía aún no es en firme.

—¡Bendita suerte mía! —exclamó Harry, yendo hacia Doris.

Ella dio un salto hacia atrás.

—¡No te acerques!

—¿Qué pensabas, que otra vez iba a besarte? No, criatura. Ahora hay testigos.

El inspector soltó un respingo.

—Ah. Pero... ¿ya te has atrevido?... —miró a Doris, decepcionado—: ¿Y tus llaves?

—¡Mis llaves! —rechinó Doris—. ¿Y usted conoce a ese tipo? ¡Tiene más tretas que un zorro...!

Harry levantó los brazos, indicando calma.

—Vamos a ver: ¿Qué pensáis los dos del matrimonio Feher? ¿Creéis que son de confianza?

—¿Por qué? —preguntó el inspector.

—Anoche me anunció Manne que alguien se hacía pasar por ella, y que corría peligro de muerte.

Tanto el inspector como Doris parecieron muy afectados.

—¿No bromeas? —preguntó el inspector.

Harry movió la cabeza. Luego dijo:

—Hay que ver a los Feher.

—De acuerdo. Ahí fuera tengo a unos subordinados que se encargarán del cuadro.

—Tú, Doris, podías quedarte, para vigilar cómo tratan mi “obra maestra” —dijo Harry.

Ella nada objetó, cosa que sorprendió al inspector. “¡Con lo rebelde que esa muchacha es conmigo!”

CAPÍTULO IV

El marido, Feher, les hizo pasar al despacho.

—Mi esposa está ocupada. Pero vendrá, si lo consideran imprescindible.

—Solamente queremos saber si comentaron que alguien sustituía a Manne —dijo el inspector.

Feher contestó, rápido:

—¡No! Antes de la exhibición, no.

—¿Después, sí? —inquirió Harry, con la misma rapidez que Feher había respondido.

—Verán: Después que terminó la exhibición... Pero lo explicará mejor mi esposa. Fue ella quien atendió a esas personas.

Puso en acción el teléfono interior. A los pocos minutos entraba en el despacho la señora Feher.

—Diles lo que ocurrió después que terminó la exhibición, con respecto a la nueva modelo.

—Ah. Vino una pareja para tratar sobre algunos vestidos... Mientras la mujer hablaba con la encargada, el hombre me llamó aparte y me dijo: “Me quedaré los vestidos que llevaba la modelo que salió en tercer lugar. La rubia...” Enseguida comprendí que estaba más interesado por la modelo, que por complacer a la mujer que lo acompañaba. “Dígame cómo se llama”, me pidió de pronto, pero no rogando, sino como ordenando. Y sentí miedo... No pude evitar que se me escapara el nombre que ustedes querían que llevara: “Manne”, le contesté. Y sonrió...

—¿Y se quedó los vestidos? —preguntó Harry.

—Los tres que exhibió la modelo que ustedes trajeron. Los pagó al momento.

—¿Coa un cheque?

—No. Llevaba dinero de sobra para poder pagar toda la colección.

—¿La mujer que le acompañaba parecía satisfecha? —siguió preguntando Harry.

—En absoluto. Estaba claro que no eran para ella.

—¿Por qué lo vio tan claro?

—La talla de esa mujer no es la de la modelo. Al insinuarles yo si quería que adaptáramos los vestidos, él me cortó: “Están así perfectamente”.

—Descríbanos a la pareja —pidió el inspector.

La señora Feher obedeció. El inspector sacó unas fotografías donde había varias parejas.

—Veamos... Elija.

La señora no vaciló un momento.

—Esta. Y esta también. Y esta otra.

En todas aparecían los mismos: Radnay y una mujer morena, metida en carnes.

—¿Los dos eran nuevos aquí?

—Seguro —contestó el marido.

—Pues eso es todo, de momento. No queremos estorbarles más.

Ya en la calle, Harry dijo:

—Ahora quiero ver la película.

En el cuarto de proyecciones de la comisaría, Harry vio a Radney, un individuo de unos cuarenta años, de facciones rudas, gesticular mirando en la dirección en que debían estar las modelos. Y la morena que lo acompañaba, con expresión de despecho, de rabia, observando a Radnay y el estrado de las modelos.

—Habrá que hacer una visita a esa pareja —dijo Harry.

—Ahora él debe estar en la Bolsa.

—Veremos a la mujer. Procuraremos enfadarla.

—Tienes razón.

Cuando se disponían a salir, dieron un recado al inspector, recibido por teléfono.

—Efectivamente, Radney no frecuentaba la “Feher Palace”. Pero sí la “Mode Mulard” —dijo, ya en el coche.

—¿Dónde trabajaba la modelo Ruth? —preguntó Harry.

—Exactamente.

Radnay residía en la Sexta Avenida, en un edificio dedicado casi enteramente a oficinas. Allí tenía él, en una de las primeras plantas, su despacho. En una de las últimas, su compartimiento privado.

Fueron directamente a la vivienda. Les abrió un criado que tenía aire de guardaespaldas.

—¿Están los señores? —preguntó el inspector.

—Solamente la señora.

—Bien. Dígale que deseamos verla.

—¿A quién anuncio?

Pero se notaba en su actitud que ya sabía que se trataba de policías.

—Ah, disculpe —y el inspector mostró el “carnet”—. Como estoy acostumbrado a tratar con gente que por el “olor” me reconoce...

La cosa iba por Harry. A veces habían hecho apuestas, y casi siempre las había ganado el detective, señalando al tipo más insignificante como policía.

Ya dentro, advirtió Harry:

—Mientras hablamos con la señora, no salga del compartimiento ni haga ninguna llamada.

El criado lo miró de hito en hito e hizo una mueca.

—Esperen aquí.

Envuelta en un lujoso batín, con cara de haber pasado una velada muy tormentosa, apareció la mujer morena.

—¡Conque policías!... ¿Bajo qué diván esperan encontrar el cadáver? —preguntó, con voz soñolienta.

—No buscamos ningún cadáver —dijo el inspector.

—Ah... ¿no?

Se dejó caer en un diván, echando los brazos atrás, sin preocuparse de que el batín se abría. Mirando a Harry, preguntó:

—¿Cómo, siendo tan guapo, se ha metido a policía? Es cosa que nunca he podido comprender...

—Lo de mi acompañante sí lo comprenderá —dijo el inspector—. No es policía, sino dibujante. Viene conmigo porque preciso tomar ciertos apuntes. Tenemos una denuncia de una casa de modas muy importante. Acusa a determinadas casas rivales de haberles copiado algunos modelos. Queremos localizar la casa que utiliza el plagio... Todos los vestidos que se han vendido estos días están siendo investigados. Ustedes adquirieron ayer tres de la casa “Feher Palace”.

—¡Vaya! ¡Estaría bueno! —y la morena rompió a reír.

—¿Qué le choca? —preguntó Harry.

—Que esos vestidos por los que Bud dio un ojo de la cara, resultaran una ridícula copia. ¡Qué divertido!

—¿No le molesta la posibilidad de que resulten copiados?

—¿Por qué había de molestarme? ¿Acaso los he de llevar yo?

—Ah. Perdone —dijo Harry—. Hasta ahora todas las señoras que hemos interrogado se han mostrado indignadas... Pero claro, los vestidos eran para ellas.

—Pues estos, no —contestó riendo, por momentos más ronca.

—¿Nos deja verlos?

—¡Dean! —llamó la mujer.

El criado apareció.

—¿Llamaba la señora?

—¿Tú qué crees, si grito: “Dean”?... Disponte a un engorroso trabajo. Anoche renegabas porque no acertabas a poner los vestidos en la maleta. Pues bien: ahora hay que sacarlos.

El criado hizo un gesto irritado.

—¿Por qué?

El inspector intervino:

—¿Los vestidos en la maleta? ¿Dónde se encuentra la que los ha de usar?

—Amigo mío: Es cosa que no sé, y que no me importa lo más mínimo. ¡Pero lo que se dice ni tanto así! —y la morena clavó la uña del pulgar sobre la yema del dedo índice, de la mano derecha.

Enseguida rompió a reír, para disimular la ira que había asomado

en sus ojos.

Cuando el criado se decidió a obedecer, se abrió la puerta y entró Bud Radnay, con expresión colérica.

—¿Qué buscan aquí?

En vez de contestarle, el inspector y Harry miraron al criado.

—¿Así obedece los consejos de la policía? —preguntó el inspector.

El aludido hizo un gesto de sorna y se volvió de espaldas.

—¡Les he preguntado qué hacen aquí! —repitió Radnay.

—Primero debemos presentarnos —dijo con burlona calma el inspector.

—¡No es necesario! ¡Se huele a dos millas quiénes son!

—¡Otro que tal! —exclamó el inspector, resignado—. ¿Seremos mofetas?

—Queríamos ver unos vestidos que usted compró ayer en la casa Feher —intervino Harry.

—¿Para qué quieren verles?

—Sospechan que son copiados —dijo la morena, echándose a reír.

Radnay le dirigió una feroz mirada.

—¡Cállate, estúpida! —y dirigiéndose a Harry—. Busquen otro pretexto para meterse en mi casa.

—No es necesario. Sin necesidad de ver los vestidos detenidamente, podemos marcharnos. Recibirá usted una citación para mañana —dijo el inspector.

—¿Con qué cargos?

—Eso se le dirá en la comisaría. Ah, Y no se olvide de traer a su abogado...

—En todo caso, irá él en representación mía. No estoy para perder tiempo. Lo que haya contra mí ya me lo dirá el abogado. Yo he de salir hoy mismo de la ciudad...

—Claro —dijo el inspector—. Por “negocios”... Y llevándose esa maleta con los tres vestidos. Es un peso que el avión permite...

Radnay miró a la mujer, quien apretaba los dientes, enfurecida.

—¡Se equivoca, inspector! Si son esos vestidos los que le preocupa, puede llevárselos.

—No, si usted no me da una autorización por escrito.

—¿Por qué no? —y ya escribiendo, se detuvo—. ¿Para qué quiere un escrito?

—Mera rutina. Usted podía sentir la tentación de demandarnos por habernos apropiado de unos objetos que usted adquirió con su dinero...

Radnay pensó que de todas formas había testigos de que él había adquirido esos vestidos de la “Feher Palace”. Escribir la autorización no le comprometía a nada.

—Pueden llevarse, incluso, la maleta.

Harry, acercándose a Radnay, ya a punto de marcharse, dijo:

—Tal vez se los devolvamos, incluso con la modelo que los presentó.

Bud quedó unos momentos desconcertado, sosteniendo la mirada de Harry.

—¿No se había retirado de la profesión de detective, Datner? —preguntó, para a su vez confundirlo, demostrándole que lo había identificado.

—Sí. Ahora me dedico a pintar... Pero hasta eso me trae “casos”. El viejo que posaba para mí fue apuñalado. ¿No lo sabía?

—¿Por qué tenía que saberlo? No leo los sucesos.

—No importa. Como experto en las jugadas de Bolsa, debe saber que los mejores informes son los que se dan bajo mano. Piense lo que le he dicho antes. Si el inspector lo autoriza, estoy dispuesto a llevarle estos vestidos al lugar que usted señale. Incluso con la modelo.

—¡Vámonos, Harry! —ordenó el inspector, enfadado.

Ya fuera, cuando se dirigían al ascensor, el policía le increpó:

—¡Tonterías de estas, no!

—Pues yo hablaba en serio. Si Doris me hace caso, nos adelantaremos a lo que ese individuo, o el que está en la sombra, piensan hacer.

—¿Y qué es lo que supones?...

El ascensor les aguardaba, con el empleado en la puerta, y callaron.

Pero momentos después, ya en el coche, el inspector volvió a preguntar:

—¿Qué es lo que supones que quieren hacer con Doris?

—Mira las fotos en que aparece ese individuo... Tiene el aire de satisfacción y al mismo tiempo de envidia.

El inspector había sacado las fotografías.

—¡Diablo, aclara eso! ¡Satisfacción, envidia...!

—Satisfacción por haber hallado el manjar apetecido. Envidia, porque no es él quien tiene que comérselo...

—¡Por todos los diablos, no emplees esos términos! ¡Hablas de Doris como si se tratara de una pera...!

—Pienso en los dientes que se clavan en los hombros de las mujeres apuñaladas. Radnay no me parece el tipo sádico. Sin duda, será capaz de matar a sangre fría, sin que le tiemble el pulso... Pero no de la manera retorcida con que han muerto dos muchachas...

—... Y el viejo.

—No. Al viejo ha podido apuñalarlo cualquiera, una vez le sacaron lo que buscaban. El cuchillo puede haber sido entregado por el sádico, por mera vanidad, para que supiéramos que la orden partía del mismo que había liquidado a las dos muchachas. Hasta ahora me sentía inclinado a pensar que ese individuo se encontraba todavía en Nueva York, tal vez alternando con políticos y magistrados... Pero esta maleta

indica un viaje. Además, Radnay lo ha dicho. El asesino debe estar fuera. Y tal vez el marcharse dio esa orden: que le llevaran a la modelo llamada Manne.

—¡Sí, es posible!

Harry sonrió, con ironía.

—Pero nos olvidamos de que anoche, la verdadera Manne me dio a entender que había quien la sustituía. ¿Quién se lo dijo? Si el matrimonio Feher no ha mentido, ha debido ser el mismo Radnay, o su amiga...

—¡Su amiga! ¡No ha podido disimular su despecho! Tal vez ella conoce a la verdadera Manne...

—Trataré de averiguarlo.

—¿Cómo?

—Concertando una entrevista con ella.

—¿Con Manne? ¿Es que sabes dónde se refugia?

—Me dio el número de teléfono. La llamaré desde un teléfono público —y mirando severamente al inspector—. Y tú no mandarás seguirme.

—¡Puedes caer en una emboscada!

—Procuraré estar alerta. Lo que sí debes hacer es vigilar los movimientos de Radnay. Tal vez quiera despistarnos cogiendo un avión que haga escala en sitios que solo le interesen para tomar otra aeronave que lo lleve a su verdadero destino. Si se marcha, no pierdas contacto con los aeropuertos que él toque... Ah. Y cuida de Doris.

—¿Y qué hago con esta maleta? ¡Valiente ocurrencia, el llevarnos los vestidos...!

—Dáselos a Doris. Si todo va como espero, llegará la ocasión en que tendrá que usarlos en sitio donde lucirán mucho...

CAPÍTULO V

Una hora más tarde, Harry todavía no había podido establecer contacto con Manne. Se hallaba en un bar. Cada cuarto de hora, marcaba el número.

—¡Debí anotarlo!

Liquidó la cuenta. Ya en la puerta del bar, retrocedió e hizo otra llamada.

Entonces lo contestaron. Era una voz angustiada:

”—¿Es usted Harry?... ¡Venga enseguida! ¡Manne le necesita!”

—Deme la dirección.

Ahora no confió en la memoria. Después de anotarla, cogió un taxi. En la calle Treinta y Seis, cerca de la calzada del East River, se detuvo.

A pie hizo el trayecto que faltaba para llegar a la casa que le habían indicado.

En la portería le estaban aguardando. El portero dijo:

—Mi mujer está cuidando de la señorita... Oímos gritas... ¡Han apaleado a esa pobre chica!

En la última planta estaba el compartimiento de Manne. El portero lo acompañó hasta allí. Mientras cruzaban el pasillo, Harry permanecía alerta, la mano pronta a buscar la sobaquera.

En cualquier momento podía abrirse una puerta a sus espaldas, para darle la sorpresa. Pero no ocurrió así.

Cuando el portero llamó en una puerta, esta se abrió y apareció una mujer gruesa, con gesto afectado.

—¡Pase! Le estoy poniendo compresas... ¡No sé qué hacer!

Sobre el lecho se hallaba tendida Manne. Su rostro estaba magullado. El labio inferior lo tenía hinchado y lleno de sangre.

Después de mirarla, Harry se dirigió a la portera:

—¿Qué sabe de esto?

—Muy poco. Yo estaba haciendo la limpieza en uno de los compartimientos de este piso, cuando oí gritos. Salí. Me puse a dar voces... El que la golpeaba debió asustarse y salió corriendo.

—¿Le vio la cara?

—No. Se había enfilado una media... A saltos bajó las escaleras...

Manne movió una mano, indicándole que quería hablar.

—Déjeme a solas con ella, se lo ruego —dijo Harry—. Pero permanezca cerca, por si la necesito.

—Como usted quiera.

Al salir la portera, Harry corrió el pestillo y se sentó junto al lecho.

—Hace una hora que estoy tratando de establecer comunicación

con usted, por teléfono. No hable mientras no sea necesario… Yo le preguntaré. Cuando quiera contestarme afirmativamente, mueva los dedos. Cuando sea no, tenga la mano quieta… Va mi primera pregunta:

¿El que no contestara a mí llamada se debía a que había salido?

Los dedos afirmaron.

—Quedamos en que mientras no fuera preciso… Usted me aseguró que este lugar era desconocido de los que constituían un peligro para usted. ¿Me mintió?

Los dedos afirmaron.

—Luego ellos sabían dónde estaba usted…

Otra afirmación. Harry se levantó y dio unos cortos paseos.

—Anoche, mientras conversaba con usted, me dio la impresión que estaba de acuerdo con el enemigo. Usted me habló de fotografías, y de Las Vegas… Después se molestó porque no le revelé lo que yo pensaba de todo esto. Le contesté que era demasiado pronto. Pero la verdad es que guardé esa reserva porque presentía que usted me había citado para sonsacarme. ¿Acierto?

Los dedos se movieron, afirmando. Sobre la frente y los ojos, Manne tenía una toalla empapada.

—¿Lo hacía por su voluntad?

La mano, por primera vez, quedó quieta.

—¿La obligaron?

Manne no solo afirmó con la mano, sino que pronunció, como un quejido:

—¡Sí… me obligaron…!

—Quizá los mismos que le dijeron que en la “Feher Palace” había una modelo que la sustituía, incluso utilizando su nombre.

Los dedos se movieron. Y murmuró:

—Me obligaron… a dejar el trabajo…

Harry quedó unos momentos pensativo.

—La obligaron a dejar el trabajo… ¿A raíz de la muerte del viejo Pierson?

La mano afirmó.

—Quizá para comprobar hasta qué extremo estábamos informados de la relación que existía entre el viejo y la modelo Manne —ahora Harry no miraba la mano de la muchacha. Su mente trabajaba a toda marcha—. El viejo era poseedor de una clave que interesaba al que decretó su muerte. Han querido averiguar si yo he recibido confidencias del que me servía de modelo… Todo eso me parece claro. Lo que no puedo ligar es que el viejo Pierson, si de veras vivía tan aislado, supiera, en una ciudad como Nueva York, que había una muchacha como usted, llegada de San Francisco, para vengar a una amiga. A no ser que usted no me dijera la verdad.

Y ahora sí se quedó mirando a la apaleada muchacha, no a la mano,

sino a los labios.

—Haga un esfuerzo y hable...

—Me obligaron... a mentir. No fui precavida... y en algunos sitios dije que había venido a Nueva York... a vengar a mí amiga.

Hablando, hacía gestos de dolor, y de vez en cuando la barbilla se le llenaba de sangre. Harry se la limpiaba con un algodón.

—Si no fuera preciso, no le pediría esto, Manne... Susurre apenas lo más importante...

Acercó el oído a los sanguinolentos labios. El mismo la interrumpía, diciendo:

—Con menos palabras... Ahora le resumiré lo que he entendido. Un día se le acercaron diciéndole que para vengar a su amiga debía establecer contacto con el viejo Pierson. Le dieron las señas de su pensión.

Usted se alojó allí unos días... Trató de ganarse su confianza, y lo consiguió, porque él le reveló que todas las tardes iba a posar para un pintor. Usted le dijo que le gustaría posar para un cuadro “atrevido”... Tenía la esperanza de que la belleza de su cuerpo le diera la suerte. Le entregó las señas al viejo del sitio en que trabajaba, y dejó la pensión.

—Ellos... me lo mandaron... De vez en cuando... me encontraba con Pierson... y le recordaba mi ilusión por posar...

—Bien: Veamos ahora si puede describirme a los que le daban órdenes...

—Eran... muchos... Cada vez uno...

—¿Cada vez uno? ¿Y usted confiaba?

—Había una consigna: “Soy amigo de Ruth”.

—Y el que la ha golpeado...

—Estaba aquí, aguardándome.

—¿Qué le ha dicho?

—Nada... Se ha puesto a pegarme... con los puños... Quería matarme... Pero me puse a gritar... La portera me oyó...

—¿Se cubría el rostro con la media?

La mano permaneció inmóvil.

—¿No la llevaba aquí? ¿Está segura?

Con la mano y la boca contestó:

—¡Sí!... ¡No la llevaba...!

Harry le cambió la toalla. Evitó mirarle los ojos, amoratados.

—Van a venir a recogerla... No tenga miedo. La cuidarán y le prestarán protección.

Fue al teléfono. Al momento establecía contacto con el inspector Harby. Se le oyó, indignado:

—¡Agotas mi paciencia, Harry!... ¡Hace rato que me estoy dando a todos los demonios!

—¿Tienes noticias?

—¡Radnay tenía desde ayer pedida una reserva para el avión que enlaza con uno que sale de Chicago para Las Vegas! Pero ha cancelado esa reserva y ha pedido dos para un avión que sale hacia Florida... Ahora me acaban de telefonear desde el aeropuerto que Radnay y su amiga acaban de subir al avión... ¿Qué opinas de esto?

—Que en principio no quería llevarse a su charlatana amiga. Pero nuestra visita ha debido hacerle cambiar de idea... Ahora escucha, inspector...

Refirió rápidamente lo ocurrido a Manne. Y concluyó:

—Tráete las fotos que enseñamos a Radnay... Y también a Doris...

—¿Qué demonios tiene ella que hacer ahí?

—Quiero que vea a Manne. Puede venir en la ambulancia, vestida de enfermera...

—¡No veo motivo para que Doris presencie un espectáculo tan desagradable!

—Es lo que busco, inspector: que vea el lado feo de estos embrollos...

—¡Para que renuncie a la policía!

—No. Para que haga eso, bastarán mis razonamientos... Lo que ahora pretendo es que vea el lado malo para que medite su respuesta, cuando yo le exponga mi plan.

—¿Cuál es tu plan?

—Tal vez... que ella luzca esos vestidos... en algún casino de Las Vegas.

—¡Estás loco!

El inspector colgó el teléfono con rabia. Harry se sentó al lado del lecho, sacó un cuaderno y lápiz, y empezó a dibujar. De vez en cuando quedaba pensativo, para concretar en su imaginación determinado rostro...

* * *

Renegando, pero el inspector hizo todo lo que Harry le pidió. Llegó en su coche, seguido por una ambulancia en la que iba Doris, con ropa de enfermera.

El inspector traía muchas más fotografías de las que el pintor pidió. El portero los acompañó hasta la habitación de Manne. En la puerta había un policía uniformado.

Dentro de la habitación estaba la portera, atendiendo a la enferma. Harry se había marchado.

—¿A dónde ha ido? —preguntó al guardia.

—No me lo ha dicho. Me dio esto para que se lo entregara a usted, tan pronto llegara.

Doris estaba al lado del inspector. Vieron un rostro dibujado a

lápiz.

—Ah. También me ha recomendado que le dijera que la muchacha herida lo ha reconocido como el individuo que le pegó...

El inspector, de momento, no prestó demasiada atención al dibujo. Tampoco Doris.

Le interesaba más la muchacha que yacía en el lecho. Cuando Doris le descubrió la cara, ahogó un grito de indignación.

Con el rostro encendido por la ira, se alejó del lecho. El inspector la observaba. "¡Esto es lo que buscaba el maldito Harry! ¡No que viera el lado feo, sino que tomara a pecho este asunto!", rezongaba para sí.

De pronto, levantó el dibujo. Mirándolo, se acercó al lecho.

—¿Este individuo la golpeó?

Manne abrió los ojos. Y enseguida los cerró, haciendo un gesto de dolor.

—¡Sí! ¡Él fue!

El inspector contrajo el rostro.

—¿Quién es? —preguntó Doris.

—Un individuo que vimos esta mañana, en el domicilio de Radnay. ¡Menos mal que no lo encontrará!

—Menos mal, ¿por qué?

—Porque el individuo tiene pinta de bestia, y Harry puede enfrentarse con él, demasiado indignado.

Solo en una cosa acertó el inspector: en que Harry iba demasiado indignado cuando tomó el ascensor que lo debía llevar al compartimiento de Radnay.

Pero se equivocó al pensar que no lo encontraría allí. El individuo, Dean, había quedado a sus anchas en el compartimiento, ya que Radnay y su amiga habían emprendido un largo viaje.

Datner llamó en la puerta, con los nudillos. El criado acababa de servirse el segundo *whisky*. Con el vaso en la mano fue a la puerta y abrió.

Al ver a Harry, intentó cerrar, pero el detective, de un puntapié, no solo abrió más la puerta sino que consiguió que el vaso saltara de la mano de Dean.

La entrada se producía anunciando a las claras en qué términos iba a desarrollarse la entrevista.

El criado que tenía pinta de guardaespaldas contrajo el rostro y fue retrocediendo, inclinado, con los grandes puños en guardia.

—¡Cerdo cobarde! —y al decir esto, Harry le escupió al rostro.

Dean soltó un rugido y embistió, expresando una demoníaca alegría. Esperaba aplastar a su antagonista contra un muro.

Pero se encontró con que todo su impulso se perdía en el vacío. Algo tocó sus piernas. Apenas fue un leve roce de un pie de Harry, Y Dean cayó de bruces.

Sin tiempo para reponerse, se sintió cogido de la espalda. Ya en pie, los golpes de puño disparados por Datner empezaron a machacarle la cara.

—¡Quedarás con aliento... pero no te va a conocer ni tu propio padre... admitiendo que lo tengas...!

En vano, Dean trataba de cubrirse y de pasar a la ofensiva. Se había convertido en un pelele, frente a unas mágicas manos que siempre daban en el sitio preciso que por unos segundos quedaba al descubierto.

Cuando el rostro de Dean era una pasta sanguinolenta, Harry preguntó:

—¿Una pausa?... ¡Habla! ¿Por qué le has pegado a Manne?

El individuo acusó un estremecimiento. Era lo que menos esperaba, que la modelo lo hubiese reconocido.

—¡Yo... no sé de quién me habla...!

—¡Ibas a matarla! —dijo Harry, sin hacer caso de la negativa—. ¿Quién te dio la orden? ¿Radnay?...

Como no contestara, hizo el amago de pegarle de nuevo.

—¡No fue el patrón! ¡Él no sabe esto!

—¿Quién, pues?

—Carol... Me dio un billete grande... si le "reformaba" la cara a la modelo...

—¿Quién es Carol? —pero Harry ya lo suponía.

—La amiga del patrón... Está rabiosa...

—Ya lo advertimos esta mañana. Lo que no comprendo en cómo un hombre como Radnay, que se las da de refinado, soporte a una mujer tan vulgar...

—¡Porque no tiene más remedio...!

—Sabe demasiadas cosas de Radnay, ¿verdad?

—¡El patrón nada tiene que ocultar!

—Quiero respuestas convincentes. Ya hemos descansado. Va de nuevo...

Reanudó los golpes. Ahora no solo a la cara, sino también al estómago. Pero procuraba que el individuo no quedara fuera de combate.

—Tú estás perdido con lo que has hecho esta mañana. Y si esa chica muere, no serán años de cárcel, sino la silla eléctrica... Y nadie te echará una mano. ¿Comprendes? Los instigadores de todo esto seguirán admirando bellas modelos, les ofrecerán un brillante porvenir y, cuando se cansen, la asesinarán...

—¡El patrón es la primera vez que se interesa por una modelo! Carol es muy celosa...

—Entonces, ¿cómo explicas que adquiriera unos vestidos que no servían para Carol?...

—No sé. El patrón habla con mucha gente... Quizá fuera un

encargo...

—Es posible. ¿Recuerdas alguna visita especial?... Quiero decir, alguna persona que no es habitual en esta casa. Alguien que haya aparecido de pronto, y, después de tratar con tu patrón durante algunos días, haya desaparecido...

Dean no osaba tocarse el rostro hinchado.

—No sé... Hay muchos que vienen... y ya no aparecen más...

—El que me interesa ha de ser un hombre de aspecto inofensivo. De ademanes muy cuidados. Tal vez de hablar meloso... Un hombre que transpira bondad, en la manera de sonreír, de hablar...

Dean quedó como absorto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Harry.

—¡Hay un hombre así!... ¡Ya no viene...!

—Descríbelo...

—De mediana talla. Grueso... Bueno, no muy grueso.

—¿La cara?

—Así, ancha... Usa lentes. Y bigote y perilla...

—¿De qué color?

—Negro. Habla como si la lengua se le pegara al paladar...

—¿Cómo se llama?

—Steiner —contestó sin vacilar.

Harry iba a intentar unos apuntes, pero renunció.

—Recuerda a otros visitantes.

—Como el que usted pide, no hay otro. Los demás son corrientes.

—No importa. Vengan nombres y señas físicas...

Ahora sí tomaba apuntes. Dean, creyéndolo entregado a la tarea de escribir y dibujar, fue desplazándose, mientras hablaba. Se detuvo ante una figura de bronce que había sobre una columna de madera.

Estaba sujeta al soporte por un extremo de la base de la figura. Dean se puso a moverla, mientras simulaba que estaba apoyado contra la columna.

Do pronto, Harry se levantó. Saltó el diván con extraordinaria elasticidad y llegó frente al criado en el instante en que este se precipitaba a terminar de mover la figura.

En la columna apareció una cavidad donde había una automática. No llegó a empuñarla porque el detective le disparó un fulminante puñetazo a las mandíbulas, que lo obligó a ir de espaldas por toda la habitación, hasta que, chocando con un tabique, se desplomó.

—¡Estúpido! Teniendo la cara ensangrentada, ibas a hacer creer a nadie que te importaba más tocar una figura, que restañar tus heridas...

Llamaron en la puerta. Y se oyó la voz del inspector:

—¡Abre, Harry! ¡Ya sabemos que coleas...!

Entraron el inspector, Doris y un agente. En el suelo estaba Dean, medio incorporado, con la cara desfigurada.

—¿Y Manne?

—Ha sido hospitalizada —contestó Doris, muy afectada.

—Necesito una fotografía de Manne, en el estado en que se encuentra. Si tiene vendajes, que se los quiten por unos segundos. Y otra foto de este rufián, tan “bonito” como está ahora.

Consultó el reloj y se quedó mirando a Doris.

—Me llevaré una foto de cuando Manne actuaba de modelo. Y otra tuya, Doris, con cualquiera de los vestidos que exhibiste ayer.

Esto lo oyó Dean, y emitió un rugido. Todos se quedaron mirándole.

—Sí. Esto trae el que tu patrón no confiara en su amiga Carol —comentó Harry, sonriendo—. Debió decirle que la que vieron ayer en la casa de modas no era Manne.

Refirió lo que Dean había confesado. Doris enrojeció de ira.

—¡Solo porque te dieron dinero apaleaste a esa mujer! ¡Rufián! —lo increpó la muchacha, colocándose frente a Dean.

—¡Peor harán con usted, como se descuide! —bramó el individuo.

Intentaba lanzarse sobre ella, para utilizarla como escudo y buscar la salida. Harry y el inspector lo intuyeron. Iban a interponerse entre la muchacha y Dean, pero ya Doris había entrado en acción. Hizo como que se dejaba coger por el individuo, enseguida lo esquivó y, agarrándole de una muñeca, le pasó el brazo a la espalda, sin que él pudiera hacer otra cosa que bramar de dolor.

—¡Me rompe el brazo!

Con la mano que a Doris le quedaba libre, dio de canto en la nuca del truhan y lo soltó. El individuo cayó de bruces, dando un rebote y quedando inmóvil.

—¡Perfecto! —exclamó Harry, entusiasmado—. ¡“Cinturón Verde!”

—¡Poco es! —replicó la muchacha, mirándolo fijamente.

—Es lo que cantan tus ojos.

En aquellos momentos tenían un verde espléndido.

Después de conversar unos momentos con el inspector, dijo, alto:

—Tengo mucho que hacer antes de coger el avión... No olvides las fotos que te he pedido. Una de Manne en el estado actual y otra cuando actuaba de modelo —con el pie, señaló el cuerpo inmóvil de Dean—: Otra, de esto. Arregladle un poco la cara para que puedan reconocerlo. Y otra tuya, Doris, con el vestido más sugerente.

—¡Siga pidiendo el señor! —rezongó Harby.

—Ya nada más. Desde el momento que coja el avión, podrás descansar, puesto que me encontraré fuera de tu distrito.

—¡Te echaré a los federales!

Harry lo miró con gravedad.

—Un paso en falso, y todo se irá al diablo.

El inspector y Doris cambiaron una mirada. El policía preguntó:

—¿Dónde te llevo las fotos?
—A mi estudio.

⋆ ⋆ ⋆

En el estudio lo estaba aguardando Doris. Era ya media tarde. Sobre la mesa había restos de comida.
—¿Has almorzado? —preguntó ella.
—No. Con el desayuno de esta mañana he tenido suficiente combustible. ¿Desde cuándo estás aquí?
—Hace un par de horas... Ahí están las fotos. Mientras las miras, te prepararé algo.
Y la muchacha se fue a la cocina. Harry sacó las fotos que había en un sobre y, apenas mirarlas, sonrió. Todas, menos una, volvió a guardarlas en el sobre.
La que quedó fuera la puso de pie, apoyándola contra un vaso. Se sentó y quedó como embelesado. Así lo sorprendió Doris.
—¡Guárdala o la rompo...!
—¿Por qué? ¡No puedes estar más hermosa, ni tu sonrisa y ese vestido sugerir más...!
—¡Guárdala! —lo dijo tan afectada, que Harry se volvió a mirarla, sorprendido.
—¿Qué te ocurre?
Ella había dejado sobre la mesa la bandeja en la que traía la comida. Contrajo el rostro, en una expresión de dolor.
—¡No se me va de la cabeza la imagen de Manne! ¡Ha sido monstruoso...!
—Yo tampoco la olvido, Doris. Ni a las otras dos muchachas... Ni al viejo Pierson. Pero uno tiene que tomar sus defensas. Si bromeo es para impedir que la situación me domine. De todas formas...
Teniendo la fotografía de Doris, la contempló una vez más y la metió en el sobre.
—Aunque te parezca fuera de lugar, he de decir que eres la muchacha más bonita que han contemplado mis ojos... de hombre y de artista.
Se puso a comer. Doris se sentó frente a él y encendió un cigarrillo.
—¿Revelaste las fotos del cuadro? —preguntó ella.
—Sí. Únicamente me falta preparar el equipaje y sacar un reserva en el avión.
—¿Cuál?
—El que menos escalas haga para llegar a Las Vegas.
—Eso ha creído el inspector. Y ha sacado... dos reservas.
Harry levantó la mirada, para posarla en el rostro de Doris.
—¿He de entender que estás dispuesta a acompañarme, "Cinturón

Verde”?

—¿No querías eso?

—Al principio, sí. Pero ahora ya dudo... Te expondrías a mucho.

—Habrá vigilancia —antes de que Harry protestara, ella se apresuró a aclarar—. Vigilancia federal, tan “discreta”, que el inspector apuesta cien dólares a que no descubres un agente del F.B.I., a menos que él se dé a conocer.

—¿Cien dólares? ¡Eso es poco! ¡Y tu baja en la policía! Voy a telefonearle...

—No lo hagas. El arriesga cien dólares. La otra parte me afecta a mí.

—Y bien...

—Acepto. Si descubres a un agente federal, yo renunciaré a ingresar en la policía metropolitana.

—¡Y a toda clase de policía!

Doris asintió, sonriendo, con movimientos de cabeza.

CAPÍTULO VI

Harry ya había estado en Las Vegas en distintas ocasiones, por asuntos de la profesión. En los casinos había presenciado cómo fanfarrones petroleros de Tejas concentraban la atención de la sala de juego, arriesgando centenares de miles de dólares.

Sabía distinguir entre el verdadero "palomino", el hombre prudente que arriesgaba un dólar en cada envite, y el que simulaba serlo, para permanecer en la sala buscando el diablo sabía qué.

Más de una vez Harry tuvo que simular ser un jugador cauteloso, para no perder en una noche lo que ganaría cuando hubiese terminado el caso de turno.

Él y Doris se instalaron en un hotel donde el pintor ya había estado otras veces. La mayor parte de los huéspedes eran artistas que actuaban en las salas de fiesta.

El conserje, al reconocer a Harry, sonrió.

—Como siempre, de trabajo.

—Esta vez vengo de vacaciones. Mi compañera de viaje sí viene a trabajar.

El conserje la miró unos momentos y movió la cabeza, aprobando.

—No le faltarán contratos. Tiene planta...

—Denos dos habitaciones que se comuniquen.

—Desde luego —y el conserje hizo una sonrisa que enfureció a Doris.

Momentos después, ya cada uno en su habitación, la puerta de paso abierta, dijo la muchacha:

—¡Me saca de quicio lo que ese cretino ha entendido!

—Harías mal en deshacer el equívoco. Aquí lo que chocaría es la verdad. Enciérrate en tu habitación y no abras a nadie hasta que yo regrese.

Tardó un par de horas. Cuando Doris lo oyó entrar, saltó del lecho y abrió la puerta de paso. Él se quedó mirándola, medio envuelta con el salto de cama, la cabellera esparcida.

Sonriendo, le hizo seña para que callara, indicándole que alguien iba por el pasillo.

Se acercó a Doris y le susurró:

—Me he tropezado con individuos que hacían como que no me miraban, pero todo en ellos parecía gritar: "¡Te observamos!" Te podría decir quiénes son federales, y quiénes no...

—¿Pretendes marcarte un farol?

—Calla... ¿Oyes esos pasos? Son de federal.

Apenas se oía nada en el pasillo.
—¿Qué apostamos a que llama? —dijo Harry, después de una pausa.
—Ya hicimos una apuesta.
—Eso no cuenta ahora. Tú no estabas conmigo esta noche para saber si he hecho trampa. Yo apuesto...
En ese momento llamaron a la puerta. Harry hundió las manos en la cabellera de Doris y la besó fuertemente en los labios.
—Gané.
La empujó a la habitación de la muchacha y entornó la puerta. No le dio tiempo a replicar. Enseguida preguntaba Harry, ya junto a la puerta del pasillo:
—¿Quién?
—Un telegrama... ¿Lo echo por debajo de la puerta?
—No es necesario —y abrió la puerta—. Adelante, federal.
El hombre que había llamado entró, con expresión de alarma.
—¡Por todos los diablos, no hable alto!
—¿Qué teme? ¡Si cree usted haber engañado al conserje...!
—Él me conoce como representante de artistas. En realidad, hago ese trabajo. ¿Cómo ha podido usted reconocerme?
—Pues no sabría explicarlo... Es algo instintivo. De todas formas, ¿tiene inconveniente en mostrarme su documentación?
El agente del F.B.I. lo hizo.
—Usted no es necesario que lo haga —dijo el federal, con un tono de desquite—. A ninguno de nosotros se nos ha despintado.
—Ni he pretendido pasar inadvertido.
Se abrió la puerta de paso y apareció Doris, ya vestida.
—Ella es del gremio —dijo Harry.
—Sé quién es. Y no aprobamos que haya venido. ¿Sabe usted que corre un gran peligro? —preguntó, dirigiéndose a Doris.
—También ustedes —contestó ella, sonriendo.
—Es distinto. Aquí las muchachas bonitas que no están respaldadas por una gran fama, o un magnate, están a merced de manadas de tiburones.
—La respaldo yo —dijo Harry.
—¿Con dinero? ¿Con algún derecho legal?
—Con dinero, no tengo ni para llegar al tacón de cualquier hombre de negocios. Pero puedo dar un respaldo legal... si Doris acepta. Uno de ustedes podría ser el padrino —y mirando a la muchacha—. Sería cuestión de minutos. Aquí casan y descasan con más rapidez con que un millonario se arruina. ¿Te decides? Y autorizo al federal para que revele a sus compañeros lo que ocurre. Será un matrimonio en blanco... Y si me propaso, ellos sabrán vengarte.
La muchacha reaccionó, crispada.

—¿Qué es esto, una burda encerrona? ¿Para qué ha venido usted, para hacerle el juego a Harry?

El agente movió la cabeza, negando, el gesto grave.

—No, Doris... Y puesto que usted y Harry van juntos, no estaría de más hacer lo que él ha propuesto. Si alguien se atreviera a molestarla, estando casada, tendría que entendérselas con nosotros. Habría una base legal para empapelar al culpable. Aunque le parezca extraño, el guardar las formas cuenta aquí mucho. Los *gangsters* y las personas honradas llevan en común los negocios de los casinos y hoteles. Los escándalos que rozan la Ley aquí es donde menos interesan...

Harry había intuido que el federal tenía algo muy importante que decir y quiso abreviar. Cogiendo de un brazo a Doris, manifestó:

—Nada pierdes, casándote conmigo. Saldrás de Las Vegas descasada... o viuda. En ese caso, te quedarás con todos mis cuadros...

Doris palideció.

—¡Cállate! —y clavó sus ojos verdes en los de Harry—. ¿Cuándo puede ser eso?

—Tan pronto usted esté dispuesta —dijo el federal—. Conviene dar a la ceremonia cierta publicidad... Entre los asistentes habrá algunos compañeros.

—¡Bien! Voy a cambiar de vestido.

Pasó a la otra habitación. Harry esperó a que la puerta quedara cerrada. Entonces miró al agente, interrogativo.

—Estamos informados de todo lo que ustedes han hecho en Nueva York. Ese asunto cada vez se encuentra más unido a otro que nosotros llevamos, sobre contrabando de diamantes... El eje está aquí, en Las Vegas, aunque sospechamos que de vez en cuando se desplaza a ciudades como Nueva York, Chicago o San Francisco. Tenemos vigilada a una mujer que por pura casualidad salvamos ayer de una muerte segura. La encontramos en el fondo de un pozo ciego, en un pueblo fantasma... Aparentemente, una excursionista.

Al Sur de Nevada existía una vasta región con pueblos abandonados. Se organizaban excursiones, con medios de locomoción que resultaban una burla para las casas en ruinas, donde alentaron seres febriles, llenos de ilusiones, persiguiendo el bienestar. Las minas agotadas, los nuevos cursos de la vida habían dejado aquellos pueblos para que los de las nuevas generaciones, con fabulosas cuentas corrientes, montados en confortables coches, los visitaran en plan de turistas.

—¿Habla?

—Puede hablar, pero se escuda en sus heridas. Nos ha dicho solamente que se extravió... Hemos averiguado que iban muchos autos. Los que integraban el grupo se excusan diciendo que pensaban que ella iba en uno de los coches de vanguardia, y estos, en cualquiera de los

vehículos rezagados. Esa mujer calla porque tiene miedo. Pero sabemos que usted podrá hacerla hablar.

La puerta de paso se estaba abriendo. Muy bajo, preguntó Harry:

—¿Carol?

El federal movió la cabeza, asintiendo.

—No he visto a Radnay —siguió Harry—, pero es seguro que él tiene noticia de mi llegada.

—Sí, lo sabe. Tenemos un compañero infiltrado en el casino donde Radnay es uno de los principales accionistas. Allí se ha hablado de usted.

—¿Qué casino es?

—"Los Cactos".

Harry miró a Doris, que acababa de aparecer con uno de los vestidos que lució en la "Feher Palace".

—¿Quieres que invitemos a Radnay?

El agente del F.B.I. miraba, fascinado, a Doris.

—¡Está usted bellísima! —exclamó—. ¡Daría el golpe en cualquier casino...!

—Será en "Los Cactos" —dijo ella, dando a entender que había oído parte de la conversación.

* * *

No podían quejarse de la publicidad que tuvo la ceremonia de enlace. A una audacia, Radnay contestó con otra.

—¡De acuerdo, Harry! Pienso asistir a la ceremonia... Incluso puedo conseguirle una sala reservada, aquí mismo, en el casino. Después se celebraría el banquete.

Doris estaba al lado de Harry. La mayoría de los que se encontraban en la sala de juego los miraban.

—Gracias, Radnay. Aceptamos... En cuanto al vestido que lleva mi novia... casi me arrepiento de haber consentido que se lo pusiera.

—¿Por qué? —preguntó, sin dejar de sonreír.

—Porque ha sido una especie de provocación. ¿Recuerda que en Nueva York le dije que le traería los vestidos con la modelo?

—Bah. ¿Quién se acuerda de eso? En realidad, lo merecía: me porté groseramente con usted y el inspector Harby. ¿Él no ha venido?

—No le han dado permiso.

—Voy a presentarles a unos amigos.

A partir de ese momento, Harry no hizo más que estrechar manos. "¿Quién de estos es el pulpo?"

Señores de apariencia respetable, hombres que no disimulaban su condición de hampones forrados de billetes, iban desfilando ante la escrutadora mirada de Harry.

Podría hacerlo impunemente, porque todos parecían obsesionados por la belleza de Doris. El vestido le dejaba los hombros desnudos, permitiendo entrever la línea del seno. La delicada tela le moldeaba el busto, y la suave curva de las caderas.

Doris sonreía ante cada hombre que se inclinaba, saludándola.

—¡Feliz pareja! —dijo un hombre de mediana talla, cara llena.

Tenía unos ojos saltones, de un azul turbio. Al estrecharle la mano, Harry creyó tocar algo viscoso.

—¡Ojalá no tenga que intervenir con ustedes! Soy Hugh Crawn abogado, especialista en divorcios —y abrió una ancha sonrisa, mostrando unos dientes desiguales.

Harry recordaba lo dicho por Dean: lentes, perilla y bigote, mediana talla... Un hablar pastoso... Grueso... No muy grueso...

Todo esto se barajaba en su mente, mientras atendía al que decía llamarse Hugh Crawn. Fue quizá el único que apenas miró a Doris. Daba el efecto de que las mujeres lo azoraban. Hizo una torpe inclinación de cabeza y se confundió con los demás hombres.

Durante unos momentos, Harry no pudo apartar la sensación de que por sus manos se había deslizado un caracol gigante. "¡Ha de ser un tipo así!", se decía, con gran convicción.

Sabía demasiado que en determinados momentos lo mejor era dejarse llevar por el instinto. Y se propuso observarle con disimulo.

En una sala reservada del casino se efectuó la ceremonia. Cuando terminó, Harry besó a Doris en los labios. La cogió de los hombros, obligándola a girar. Así quedó ella de espaldas al público. El beso era de verdad. Le había apresado los labios, mientras le acariciaba los hombros...

La mayoría reían. Alguien gritó:

—¡Bien! ¡Dejen algo para luego...!

Esto provocó la carcajada general. La mirada de Harry iba recorriendo los rostros. Y entre dos hombres altos, entrevió los ojos abultados, de un azul turbio, que parecían lanzar destellos de odio o de embriaguez. Enseguida desaparecieron.

Harry, sosteniendo a Doris, la sintió temblar de ira. Luego, de miedo, como si ella hubiera intuido que Datner estaba echando un anzuelo, o sintiese en la nuca unos ojos asesinos...

De padrinos habían servido un agente federal y una de sus amigas. Su condición de policía era conocida e importaba que aquella ceremonia tuviera el marchamo del F.B.I., como para prevenir que si algo ocurría a la pareja, los federales lo tomarían como una cuestión personal.

La mesa para el banquete estaba preparada. Pero Harry anunció:

—Tomaremos solamente una copa... Tenemos prisa por volver al hotel, y ustedes lo comprenderán.

En el momento de marcharse, Radnay se acercó a la pareja.

—Con sinceridad: ¿Esperaban que yo encajara así esta “sorpresa”?

Harry, sonriendo, contestó:

—Con sinceridad: yo *sí* lo esperaba. Sé cómo reaccionan los que se las dan de audaces.

—Usted me confunde... Yo no me considero un hombre audaz.

—¿No? Hasta ahora ha hecho gala de estar contento, sin preocupaciones... Y bajo la vigilancia de los médicos y la policía, está su amiga Carol. ¿No es eso un alarde?

—Lamento mucho lo ocurrido a Carol... Pero aparte el que yo desee que se recupere, ¿qué otra preocupación podía tener?

—En Nueva York desafió al inspector Harby, marchándose de la ciudad.

—Les dije que les enviaría mi abogado.

—Procúrese uno aquí —y señalando al de ojos saltones que, sentado a la mesa, les observaba, agregó—: El señor Crawn, aunque se dedica a divorcios, quizá haga una excepción con usted. Mañana se encontrará en apuros, Radnay.

—¿Por qué mañana?

—Porque aún hemos de hablar con Carol.

Radnay hizo un gesto de burlona consternación.

—¡Cuánto lo siento! Carol apenas puede articular monosílabos...

—A mí me bastará con que vea... y oiga. Con la verdadera Manne ya tuve esa experiencia. ¿Cree usted que Carol esté peor que esta muchacha?

Y le enseñó la foto donde aparecía Manne con el rostro magullado. Radnay palideció.

—Siga mi consejo: búsquese a un abogado... ¿Vamos, querida?

Radnay permaneció como petrificado. Desde la mesa, los ojos saltones no dejaban de mirarlo. Uno de los camareros que servían la mesa seguía atentamente las reacciones del abogado Hugh Crawn y de Radnay.

Era el federal infiltrado en “Los Cactos”.

* * *

Carol permanecía dormida bajo la acción de un sedante.

—No tardará en despertar —dijo el doctor.

Tenía rota la columna vertebral y las dos piernas.

—¿Cómo fue el pasar cerca del pozo? —preguntó Harry al agente Ferkin, el que había actuado de padrino.

—Seguíamos la expedición, de lejos. Hace tiempo que se encuentran señales en los aledaños de algunos pueblos fantasmas...

—¿Señales de qué?

—De excavaciones... Esto lo relacionamos con la desaparición de un cargamento de diamantes que hace meses salió de Ruanda, debidamente vigilado. Pero la pista se perdió en uno de los aeródromos de Tejas. Sucesivas investigaciones han señalado esta zona como el lugar donde fue a parar el cargamento de diamantes, valorado en millón y medio de dólares.

—¿Qué les hace pensar que fue en esta área?...

—Se encontraron los restos de una avioneta, con el piloto carbonizado. Tanto el aparato como el piloto fueron identificados. Era una avioneta que se alquilaba... Se supo que tocó varios aeródromos, para repostar, trazando una línea recta a esta zona, desde el aeropuerto de Tejas en que se perdieron las noticias del alijo... Se apuró demasiado la jugada. Siguiendo el alijo, se pretendía dar con los jefes.

—¿La avioneta quedó cerca de algún poblado?

—No. Nuestra teoría es que debió soltar la carga en pleno vuelo, en determinado punto donde alguien debía estar esperando, y seguir hacia California... Se ha hecho una investigación cautelosa en la cadena de aeródromos donde la avioneta repostó. No encontramos nada que se oponga a nuestra teoría... Y las señales de excavaciones, cada vez la afirman más.

La conversación se desarrollaba en la habitación contigua a la que ocupaba Carol. El doctor entró.

—Ya ha despertado...

Harry miró a Doris.

—¿Estás dispuesta?

—Aunque me da lástima esa mujer... tengo muy presente lo que ordenó contra Manne. Vamos.

Entró primero Harry. Carol tenía un gesto de dolor cuando reparó en el visitante.

—Por varios motivos, lamento que se encuentre así.

Nuestra conversación hubiera sido más fácil de hallarse usted en plenas facultades.

Carol apretó los labios y con la mirada pareció burlarse, como anunciando que nada conseguiría.

—Pesan algunas pruebas sobre usted... Dio un billete grande a su criado Dean, para que realizara cierto trabajo. Y ese bestia cumplió...

Pese al gesto de dolor, los ojos de Carol sonrieron.

—Manne quedó magullada, puedo jurárselo. Mire esta foto.

Carol, apenas le dirigió una ojeada, observó a Harry, y dijo:

—¡Si no busca... otro truco...!

El que hablara pareció no hacer efecto en el joven. Con la mayor naturalidad, dijo:

—Es que Radnay no tuvo confianza en usted y no le dijo que la modelo de la cabellera rubia claro... —se interrumpió, dirigiéndose a la

puerta—: ¡Puedes entrar, Doris!

La joven obedeció. Llevaba el vestido de la ceremonia, el más sugerente que exhibió en la “Feher Palace”. Carol la miró, espantada.

—Esta no es Manne, sino Doris, mi esposa —siguió Harry—. Y su amigo Radnay lo sabía cuando estuvo en la exhibición. Los trajes los compró para que los luciera la modelo... cuando él, o el que lo respaldaba, consiguieran que Doris cayera en el cepo. Ahora mire esta foto, Carol... ¿Cree que Dean vacilará en confesar todo, cuando le anuncien que la mujer que golpeó por mandato de usted, ha muerto?

Creía estar mintiendo, utilizando una argucia para asustar a Carol. La misma Doris miró con desaprobación a Harry.

Pero el agente Ferkin, que se encontraba en la puerta, se acercó, sorprendido:

—¿Cómo sabe que Manne ha muerto? Apenas hace media hora que nos lo han comunicado desde Nueva York...

Doris se cubrió el rostro con las manos, ahogando un sollozo. Luego, con los ojos llenos de lágrimas, se quedó mirando a Carol.

—¡No me da ninguna lástima!... ¡En vano he tratado de justificarla, achacándolo a los celos!

Harry la cogió de los hombros.

—Calma, querida... Esta es otra parte fea del oficio: resistirse a lo que la compasión nos inclina.

Con la mirada le pidió al federal que la sacara de la habitación.

—¡Tanto esta fiera... como su amigo, no tienen derecho a seguir respirando! —prorrumpió Doris, frenética—. ¿Por qué no detenéis a Radnay?

—Todo se andará... Es posible que fuera el mismo Radnay quien empujó a Carol al pozo. Pero el verdadero impulso partió de otro. Es quizá la misma mano que clava cuchillos con mangos donde hay incrustados falsos diamantes. Se busca un alijo de diamantes buenos... Los falsos parecen los escupitajos del que está rabioso por no encontrar los buenos.

Harry quedó a solas con Carol. La paciente hacía gestos de dolor.

—Su situación es bastante desesperada, Carol... No quiero amenazarla con que evitaré que le apliquen un calmante. Ganaremos los dos si abrevia. ¿Está dispuesta a hablar? Yo la ayudaría...

Carol, verdaderamente atormentada por las heridas y el pánico, asintió.

—Empezaremos por los que visitaban su casa en Nueva York. ¿Cuándo advertía usted que su amigo Radnay se comportaba como ante un superior? Si existe algún visitante de tanta importancia como para que Radnay, que parece en situación próspera, se muestre servil, descríbamelo...

Y Harry preparó cuaderno y lápiz. Mientras Carol describía el físico

de un individuo, él dibujaba.

Empezó trazando una cara ancha. Y a unos ojos todavía sin expresión, le fijó unos lentes que parecían de cristal muy grueso.

CAPÍTULO VII

Los tres pueblos fantasma en los que se habían apreciado excavaciones figuraban en el mapa trazando un triángulo. Imaginariamente, Harry hizo unas líneas y el triángulo quedó formado.

—¿En cuál de estos pueblos fue hallada Carol? —preguntó.

—En ninguno de los tres. Fue en otro situado más al Norte —contestó el agente Ferkin—. Allí no encontramos huellas de recientes excavaciones.

Los tres pueblos que formaban triángulo atraían la atención de Harry.

—De haber algo, ha de ser en uno de estos —y ahora sí cogió una regla y lápiz, y trazó las líneas—. Una buena referencia para él piloto, estos tres vértices. Pero, ¿en cuál de ellos dejó caer el alijo? El que esperaba ha debido pasar días, aguardando en alguno de estos pueblos... ¿No han encontrado señales en alguna casa?

—Muchas. Pero no significan nada. Existen los vagabundos... Y las parejas de recién casados que tienen el capricho de pasar una noche en cualquiera de esos pueblos. Muchos ni siquiera resisten la noche entera. Sienten miedo, ponen el coche en marcha y desaparecen. La verdad es que, si hace viento, impone un poco sentirse a solas en un pueblo fantasma, donde todo son portazos... Ni siquiera los vagabundos aguantan mucho...

Otro agente intervino:

—Bueno. En una casa había huellas de alguien que sí resistió. Iba bien provisto de velas. Junto a la yacija había abundancia de gotas de cera. Debía tener un sueño difícil, y aguantaba la velada leyendo...

—¿Por qué leyendo? —preguntó Harry.

—Porque encontramos algunos libros muy manoseados. A la hora de marcharse, debió molestarle su peso.

Harry miraba a los agentes, con la respiración contenida, los ojos brillantes.

—Estoy temblando, amigos —confesó—. ¿Vieron ustedes esos libros?

—Sí. Los tenemos guardados... ¿Quiere verlos?

—¡Un momento!... —y con los ojos cerrados, como temiendo un formidable estallido, dijo—: Va la pregunta que me paraliza... Esos libros, bien novelas o tratados, ¿tenían algo que ver con la Historia?

Ahora fueron los agentes los que parecieron perder la respiración.

—¡Demonios, sí! ¡Recuerdo que uno era “Los últimos días de Pompeya”!

—Había otro sobre la guerra del catorce —manifestó otro agente.

Harry se inclinó sobre el mapa.

—¡Díganme en qué pueblo los encontraron!

Sin vacilar, los dos agentes señalaron el vértice que correspondía a lo que un día fue un pueblo minero llamado Farbig.

* * *

Todos tomaron como punto de referencia el desgarrón en la lejana cordillera. Por suerte, el viento había estado aquellos días soplando hacia el Sur, y el serrijón quedó al descubierto. La arena formaba altas dunas lejos de las rocas.

—¡Aquí está, Harry! —gritó Doris, señalando una punta de roca que tenía a sus pies.

Lejos de alegrarse, él palideció.

—¡Retrocede! ¡Con cuidado!

La muchacha obedeció. Los dos agentes que les acompañaban se quedaron mirando a Harry, intrigados.

—¿Qué supone?

El aludido no contestó hasta que Doris estuvo a su lado.

—No estoy seguro. Puede que el que se hacía llamar Pierson se refiriera a yardas, y no a lo que yo temo: que haya un explosivo junto a esa roca que dé solamente tres minutos de tiempo para sacar lo que hay enterrado.

—Traeremos un detector.

Harry había sacado de una cartera fotografías que fragmentaban el cuadro, ampliando al máximo cada trozo.

—La clave debe estar aquí —y apartó la fotografía en la que se veía la parte inferior del bastón. La sombra tocaba la roca que recordaba un cráneo. Pero aunque partía del bastón, su eje parecía ser el lejano barranco.

Esto lo deducía Harry, recordando la insistencia del viejo en darle esa posición al principio de la sombra...

—¡Y los nudos! —exclamó, de pronto—. ¡También discutió sobre el número de nudos que debían figurar, desde donde tenía la mano sujetando el bastón, hasta el suelo!... ¡Hay tres!... ¡Quizá sean yardas...!

Dentro del pueblo había quedado un agente, oculto en la casa más alta. Con unos prismáticos había estado observando, durante la búsqueda que hacían sus compañeros.

La emisora portátil que llevaba un agente dio una señal.

—Escucho...

Desde el pueblo dijo el que estaba de guardia:

—¡Os están observando desde tres puntos distintos!

El agente anunció lo que ocurría.

—¿Fingimos que no hemos encontrado el sitio? —sugirió el otro agente.

—¿Para qué? —contestó Harry—. No sabemos lo que el viejo Pierson les habrá dicho, cuando le aplicaban el cuchillo al cuello. Puede que entre algunas mentiras pusiera alguna verdad. Yo opino que debíamos correr el riesgo de cavar a tres o cuatro yardas de esa roca... Aunque se nos haga de noche, alguien deberá permanecer aquí.

—Conforme —dijo un agente.

Harry dijo a Doris:

—Tú aléjate de nosotros, por si acaso hay una carga explosiva.

La muchacha hizo un gesto irritado.

—¿Por qué esa prisa? ¡No debéis remover nada hasta tener la seguridad de que no hay explosivos! ¿Por qué no esperáis a traer un detector?

—Porque con toda seguridad tenemos a mucha gente por aquí. Nuestro coche sería interceptado...

—¿Para qué está la emisora? Podéis pedir refuerzos.

—No podemos emitir, porque ellos también deben llevar su emisora receptora. Y si es así, caerán en la trampa.

—¿Por qué?

Harry miró el reloj.

—Hemos convenido en hacer a las once una llamada. En caso contrario, la policía local vendrá en nuestro socorro. Empecemos.

Y se dirigió a la piedra que simulaba un cráneo. Después de mirarla, la acarició.

—¡Ya constituías una obsesión! —le dijo a la piedra.

Se situó de cara al lejano barranco y se puso a contar los pasos alejándose de la piedra.

Los dos agentes, con picos, primero, luego con palas, empezaron a excavar.

Doris atendía la emisora.

—¡Llaman! —anunció, y pasó a la escucha.

Harry también había cogido una herramienta.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sin dejar de excavar.

—¡Vienen varios coches!

—¡Deprisa! —dijo un agente.

Un pico quedó clavado en algo blando, que crujió.

—¡Aquí está!

Hundió las manos en el hoyo y de la arena extrajo una caja de madera. Ya estaba algo podrida.

Dentro apareció una bolsa de cuero. Al intentar abrirla, al agente se le escapó de las manos, tan nervioso estaba.

La abrió Harry y sobre la palma de una mano volcó parte del contenido. El sol arrancó chispas.

Pero al joven no le produjo ninguna sensación agradable. De pronto, creyó que su mano se llenaba de baba de caracol, que al secarse adquiría reflejos de plata.

Lo metió todo en la bolsa. El agente que estaba en lo alto había vuelto a llamar.

—¿Qué esperáis para venir? ¡Pronto rodearán el pueblo!

Doris iba transmitiendo a sus compañeros lo que ocurría.

—¡A correr! —dijo Harry, dando la bolsa al agente que la sacó del hoyo.

Todos iban provistos de metralleta. Las palas y picos quedaron abandonados.

Cerca se oía el mugir de varios coches. El pueblo se encontraba a unas cincuenta, yardas. Pero el terreno blando les impedía correr todo lo que el momento precisaba.

Alcanzaron las primeras casas y se esparcieron, pronto no quedó nadie a la vista.

Transcurrieron unos minutos.

Individuos con el rostro borrado por medias que se habían enfilado por la cabeza, empezaron a aparecer, mirando al centro del pueblo fantasma.

Cada vez que se movía una puerta o ventana, las armas que empuñaban se dirigían a dónde había sonado el ruido.

De pronto, empezaron a salir culebras de fuego de varias casas en ruinas. Fuego de metralleta, que se cruzaba, sin dejar un sitio sin batir.

Los individuos que iban en vanguardia se retorcieron, cayendo sobre un suelo que ya debía conocer este desplome de hombres sin vida, en duelo con adversarios que empuñaban "Colt".

Las casas parecieron rejuvenecer. El ruido de puertas y ventanas aumentó. Parecía que muertos del pasado se asomaban para ver qué clase de armas eran aquellas que escupían tan rápido.

Se produjo el repliegue. Seis individuos quedaron tendidos.

Harry, Doris y los dos federales salieron de sus escondites y corrieron hacia la casa donde se encontraba el compañero de la emisora.

—¡Acertaste, Harry! —dijo la muchacha, ya en la nueva posición—. He mirado el reloj, cuando echamos a correr. A los tres minutos exactos se produjo el primer disparo...

Harry no quiso mirar los diamantes. Pensaba en el viejo Pierson.

—Vuelven —anunció el que estaba de observación—. Han rodeado el pueblo.

Pero a los pocos minutos dijo:

—¡Se retiran deprisa! —y dirigiendo los prismáticos a la carretera, anunció—: ¡Coches de la policía local...!

Un agente, el que encontró la caja, se echó a reír, mirando a Harry:

—Rectifiqué la hora... Me pareció que era demasiado esperar la señal de nuestra emisora, a las once...

—Dije esa hora porque temí que nos tomara más tiempo localizar el sitio.

Los federales se miraron y rompieron a reír.

—Por lo que sabemos de usted, estábamos seguros de que cuando decidió venir aquí es porque ya tenía todas las piezas encajadas.

Para sus adentros, Harry comentó: “¡Si supierais la de palos de ciego que he dado en todos mis casos!”

Cuando llegaron los coches de la policía local, el enemigo ya había desaparecido.

—Darán un rodeo y regresarán a Las Vegas —dijo un federal.

—Lo que importa es que Radnay no haya desaparecido —manifestó Harry.

—Sigue en Las Vegas —contestó uno de los recién llegados.

* * *

Harry y el agente Ferkin entraron en el departamento de Radnay. Otro se quedó en la puerta, vigilando al criado.

—Es hora de que nos ocupemos de usted —dijo Datner.

Radnay sonrió.

—Muy bien. Háganlo...

Harry miró el reloj.

—Tenemos el tiempo justo. Oiga lo que su amiga Carol hizo en Nueva York contra la que creía la modelo que exhibió los vestidos.

Refirió rápidamente lo de Manne y Dean.

—Manne ha muerto... Dean se está revolviendo, para descargarse en Carol. Y esta, ¿qué miedo puede tener a hablar? El doctor asegura que no quedará bien... De todas formas, ha de lucir el tipo en la cárcel si escapa a la silla eléctrica.

—¡Yo nada tengo que ver en eso!

—Pero sí en que fuera a parar al pozo. Ella le acusa... Y ha dicho más.

Enseñó un dibujo donde aparecía una cara ancha, con lentes, perilla y bigote.

—Sabemos que el abogado Crawn hace muchos desplazamientos a grandes ciudades, por cuestiones de su profesión, según él. Pero recelamos que en cada sitio se presenta con un nombre distinto, y un aspecto diferente —dijo el federal.

Radnay intentó reír. La cólera y el miedo le hicieron exclamar:

—¡Novelerías...!

—Bien —dijo Harry—. Puesto que el abogado Crawn no es el hombre que usted recibe con mucha consideración en su casa de Nueva

York... Puesto que no es el que usa cuchillos con diamantes falsos en la empuñadura...

Radnay cambió de color, a pesar de los esfuerzos que hacía para mantenerse sereno.

—En estos momentos —siguió Harry, después de consultar el reloj —. Doris está entrando en el despacho del abogado Crawn. Va sola. El abogado recelará y llamará, preguntándole si usted la ha mandado a su despacho. Si no quiere que a ella le ocurra nada, diga que sí. Y si le pregunta el motivo, notifíquele que para pedir el divorcio...

Se interrumpió, porque sonó el timbre del teléfono.

—¿Qué?... Sí, señor Crawn... Yo la he mandado —miraba la pistola que Harry le tenía dirigida a la frente—. A mí me ha dado la impresión de que está enfadada... ¿Ella le ha dicho que fue un matrimonio de pega?...

Harry había escrito sobre un cuaderno y lo puso ante los ojos de Radnay: “Diga pestes de mí...”

Obedeció, ahora muy a gusto:

—No le extrañe, señor Crawn... Ese individuo aprovecha todas las oportunidades. Seguramente convenció a esa muchacha para que se prestara a una farsa de matrimonio... y luego...

Desde el otro extremo, colgaron con violencia.

—Ahora póngase de pie, Radnay —dijo el federal—. De cara a la pared, apoyándose en las manos, las piernas separadas y los pies lejos del muro.

Aturdido, obedeció. Enseguida fue cacheado. Una esposa le sujetó una muñeca. La otra quedó cerrada a un hierro del balcón, que daba a un jardín.

—Extienda el brazo que le queda libre —ordenó el federal.

Radnay, con el rostro encendido por la cólera, obedeció.

—Muy bien —dijo Harry—. Puede usted marcharse, Ferkin. La responsabilidad que sea solamente mía.

El federal miró a Radnay y dijo:

—Yo no he estado aquí... Esta cuestión es de un detective privado llamado Harry Datner.

Y salió del despacho, cerrando la puerta.

—Yo adoro a mí mujer, sea esposa de pega o no... Ella es policía, Radnay. Y en el cumplimiento de su deber, ha ido a exponerse ante Crawn... Pongo el teléfono a su alcance. Y aquí le dejo el número que debe marcar. Dirá: “Crawn es el hombre que buscan”. Y colgará... Enseguida sonará el teléfono. No descuelgue hasta que cierto tic-tac cese. Está aquí dentro.

Y mostró un paquete que al entrar dejó Harry en un mueble, lejos de la mesa.

—Es el truco que utilizó el viejo Pierson, cuando escondió los

diamantes. Mire —puso sobre la mesa una fotografía del cuadro del asceta, otra que recogía los tres nudos del bastón, y un dibujo que representaba un reloj de armario.

—Quizá tenga noticias de esto... Eso ya lo aclararemos, si es que usted puede intervenir entonces. Doris está corriendo peligro... No intente avisar a Crawn porque este teléfono, a partir de ahora, solo conectará con el número que le he dado. Va usted a correr el mismo riesgo que hemos pasado nosotros desenterrando los diamantes... Tres minutos para que usted hable y suene el timbre que ha de desconectar el fulminante.

Mientras hablaba, manipulaba en el paquete, de espaldas a Radnay.

Se quedó mirando el reloj.

—Dentro de unos segundos oirá el tic-tac. Piense rápido. Yo me marcho.

Cerró la puerta del despacho. Enseguida se oyó la de la otra habitación.

Todo quedó en silencio. De pronto, empezó a oírse el tic-tac que Harry había anunciado.

Radnay quería reír, pero mirando el paquete iba palideciendo, mientras su frente se llenaba de sudor...

Por dos veces avanzó la mano para marcar el número que Harry le había dado. Retrocedió, haciendo una mueca...

* * *

En el despacho de Crawn, Doris había expuesto sus motivos para pedir el divorcio.

—Me presté a ese simulacro porque me aseguraron que era una trampa para que el señor Radnay diera un resbalón...

—¿Y por qué tenía que darlo? —preguntó el abogado, con voz melosa.

—El compró el vestido que yo llevaba en la ceremonia... Con la modelo hubo un fallo. Yo sustituía a la verdadera Manne. Todo fue cosa de Harry...

—Eso no me interesa. ¿Qué ha ocurrido en su matrimonio?

Doris consiguió un gesto de indignación y vergüenza.

—Todo... Como si fuera de verdad... ¡Detesto a ese individuo! ¡Consígame el divorcio...!

—¿Y luego?

—Quiero actuar en cualquier sala de fiestas de aquí... ¡Tengo mucha ambición!

—¿Le gustan las joyas?

—¡Son mi delirio!

Hugh Crawn, sin dejar de sonreír, abrió una caja fuerte. Sacó un

cestillo.

—Diga qué le parecen estas.

—¡Qué maravilla!

Y se puso a tocarlas.

—Solo tienen un defecto —dijo Crawn—: que son falsas... ¿Sabes? Yo tenía un cliente que solía regalar joyas verdaderas a sus amigas. Pero cuando se cansaba de ellas, o advertía algún desvío en la amiguita de turno, recobraba las joyas y la dejaba en la calle. Pero este método le falló una vez. Una chica lista sustituyó a tiempo las joyas buenas por una exacta imitación... Y desde entonces ya no regaló más joyas verdaderas, sino bisutería como esta.

—¿Ese hombre... es usted, señor Crawn?

El abogado sonrió.

—¿Por qué?

—Porque no habiendo sonado el teléfono hasta ahora... significa que Radnay está confesando. Mire este dibujo.

Era uno idéntico al que Harry había mostrado a Radnay: la cara ancha, con lentes...

Mientras Crawn, sin descomponer la expresión risueña, miraba el dibujo, Doris preguntó:

—¿Tan mal recuerdo le dejó la muchacha lista que cambió las joyas antes que usted se las quitara? ¿Tanta es su inquietud a que alguna mujer se deje acariciar llevándose de usted algo de valor, que les arranca las joyas falsas, como falsos son los diamantes que aparecen en los cuchillos con que las mata?...

Ahora sí fue transfigurándose Hugh Crawn. Un gesto de maniático asomó en su cara ancha. Los ojos adquirieron un brillo satánico.

Movió un brazo. De la manga derecha salió un cuchillo. Apareció el puño, con dos diamantes. Y mostró los dientes.

—No te muevas —advirtió—. Sé lanzarlos... No te daría tiempo a sacar el arma que llevas en ese bolso.

—No llevo ningún arma.

—¿Un magnetofón, tal vez? —fue abriendo la risa, muda, mostrando los dientes desiguales—. Estaba esperando acontecimientos... Sé que hallasteis los diamantes... Sé que la imbécil de Carol habló... ¿Ves este cuchillo? Todo el día lo llevo encima. Estos diamantes son buenos... El cuchillo podía ser para mí... Pero no. Tiene un mejor destino... Eres muy hermosa. ¡Esos hombres...!

Hablaba rodeando la mesa. Doris dio un paso atrás. Estaba esperando que él levantara el brazo, para aplicarle una llave. Pero el rostro de Crawn la aterrorizaba. “¡No podré! ¡No podré!”

—¡A tierra, Doris! —gritó Harry.

Fue como si un vendaval abriera la puerta. Al tiempo que hablaba, hacía dos disparos, al brazo armado. Crawn encogió el brazo atravesado,

sin soltar el cuchillo.

La muchacha, en el suelo, vio cómo un federal saltaba sobre ella y se lanzaba a arrebatarle el cuchillo a Crawn.

Harry seguía apuntándole, temiendo que aquel brazo tuviera bastante fuerza para arrojar el cuchillo contra el cuerpo de Doris. Entonces hubiera disparado a matar.

—¡No soy el hombre que buscan! ¡Es Radnay! ¡Este cuchillo no significa nada! ¡Radnay sabía que lo tenía!... ¡Hizo copias... para culparme!

Harry ayudó a Doris a levantarse. La muchacha se pegó contra el pecho del hombre, todavía temblando, contemplando horrorizada el rostro del maníaco.

El cuchillo había quedado en el suelo y Crawn lo miraba con ojos cada vez más saltones. Alentaba como una fiera cansada.

—¡Preséntenme a Radnay!... ¡Quiero que me oiga!

—Le está oyendo —contestó Harry.

Sí, Radnay, rodeado de agentes, estaba oyéndole. El paquete dejado por Harry había mantenido el tictac durante tres minutos. Al minuto y medio, Radnay cogió el teléfono y dijo: “Crawn es el hombre que buscan”. Y colgó, esperando con ansiedad a que el timbre del teléfono desconectara el resorte que producía el agorero tic-tac.

El silencio se produjo a los tres minutos exactos. Pero en el paquete no había ningún explosivo.

Lo que salió de allí fue algo quizá más terrible. Empezaron a oírse voces cada vez más claras. La conversación de Doris con Crawn era recogida por la pequeña emisora que llevaba la muchacha y pasaba al aparato que Harry había dejado en la habitación de Radnay. Este no se dio cuenta de que la puerta se abría y entraban agentes, todos callados, para no perder sílaba de cuanto se decía en la casa de Crawn.

Cuando entendieron que la muchacha estaba amenazada por el cuchillo del maníaco, los agentes sintieron un escalofrío, todos pensando lo mismo: “¿Llegarán a tiempo?”

Cuando sonaron los disparos, los agentes respiraron. Pero entonces el que tenía la mano sujeta por la esposa a un barrote del balcón, creyó que el paquete estallaba. Fue cuando Crawn empezó a acusarle...

—¡Miente! ¡Miente! —se revolvía Radnay, desollándose la muñeca.

—No es necesario que chille —dijo el agente Ferkin—. Guarde energías. Hay mucho que hablar...

* * *

A medida que iban sacándoles nombres de los compinches, procedían a su detención. Se hicieron varias redadas en distintos casinos.

Casi todos los que con el rostro enmascarado intentaron formar un cerco en el pueblo fantasma, habían regresado, y fueron aprendidos. La mayoría vestían muy bien, y daban el efecto de jugadores aburridos.

A Nueva York se envió un mensaje urgente para que detuvieran a determinados "gangsters" que vivían muy cerca de donde Manne fue apaleada. Uno de estos individuos era fuerte. El otro, de rostro macilento y mejillas chupadas.

Eran los que asesinaron al viejo Pierson, por mandato de Crawn.

—Pero en esto colaboró Radnay. El abogado dio la orden de matarlo, hallándose en la casa de aquel.

—¿Por qué el viejo fue el designado para recoger los diamantes? —preguntó Doris.

—Trabajaba en el casino de Crawn y Radnay. Tenía verdaderamente una gran inclinación a la soledad. Era el único que podía resistir pacientemente días y noches, en un pueblo muerto. El cargamento no se sabía con certeza cuando llegaría.

—¡Pero es incomprensible que un hombre tan débil, pudiese esconder el botín y escapar...!

—Le ayudaban.

—¿Quién?

—Radnay. Sobornó al viejo... Pero este le hizo una jugada. Le entregó solo unos pocos diamantes, a condición de que cada mes la remitiera quinientos dólares. Por su parte, el viejo se comprometía a darle cada seis meses unos cuantos diamantes más... Cambió de nombre y se instaló en Nueva York. Radnay lo tenía vigilado. Cuando supo que posaba para mí, utilizó a la modelo Manne para que hiciera amistad con él y conmigo, para sonsacarnos. Pero Crawn no creía la versión que le dio Radnay sobre la desaparición del viejo...

—¿Qué dijo?

—Que Pierson y los diamantes habían caído en poder de la policía y que guardaban silencio para capturar a los jefes del contrabando. Crawn tenía por costumbre hacer escapadas a las grandes ciudades. Se perdía en los bajos fondos, disfrazado, y daba suelta a la fiera que llevaba dentro. La casa "Mode Mulard" va a verse en dificultades, cuando el inspector Harby la emprenda con ellos. Parece que proporcionaban muchachas a Crawn, sino directamente, por mediación de cómplices... Crawn sufrió un fracaso en su juventud. Perdió a la amiga y las joyas... Desde entonces ese rencor ha ido creciendo...

Doris hizo un gesto de desasosiego.

—¡No me hables de él!... Decías del viejo...

—El viejo sabía que de un momento a otro lo matarían. Y quiso dejar la clave en el cuadro...

—¿Para quién?

Harry sonrió, y dijo:

—Creo que para mí... Muchas veces le oí: “Ese cuadro labrará su fortuna, ya verá”. Quizá pensaba enviarme un informe por cualquier conducto, tan pronto advirtiera el peligro. Pero se le adelantaron. Crawn había descubierto el doble juego de Radnay, y no atendió a razones. “Antes de salir de Nueva, York, quiero tener noticia de que ha muerto. Y pienso salir esta noche”. Ordenó que antes de matarlo lo obligaran a trazar un plano del lugar donde había escondido los diamantes... Radnay se escudaba diciendo que había aceptado lo que el viejo le propuso para sonsacarle con el tiempo, y Crawn aparentó creerlo. Pero no se lo perdonaba. Bud lo sabía y, para contentarlo, planeó adquirir los trajes que luciste, con la idea de traerte aquí, con cualquier pretexto, para que Crawn te viera...

—¿Y qué hubiera conseguido con eso?

—De momento, que desfrunciera el ceño. Luego, que resbalara, teniendo a la policía encima...

Doris hizo un gesto de cansancio. Estaban en el hotel. Miró las maletas.

—¿Qué hacemos nosotros aquí? ¡Volvamos a Nueva York! —pidió ella.

—En el momento queramos, podemos irnos. Yo ya me he desentendido de este asunto.

—Te queda recibir el tanto por ciento del valor de los diamantes. Tus cuatro años de pintor podrán alargarse.

Harry rompió a reír.

—¡Es cierto! —y mirando a Doris, muy cerca, agregó—: Tenemos algo que hacer en Las Vegas, antes de irnos.

—¿Qué es?

—Descasarnos.

Doris, sosteniendo la mirada de él, murmuró:

—¿Lo crees necesario?

La respuesta de él fue rodearla con los brazos y buscar su boca...

Aplazaron el viaje para el día siguiente.

* * *

Al ir a subir al avión, Harry señaló al empleado uniformado que se había hecho cargo de su equipaje.

—¡Doris! ¡Ahí hay un policía!

El empleado los miró, asustado.

—¡Cállense! ¡Estoy aquí para protegerles!

Doris rompió a reír y besó a Harry:

—¡Has ganado cien dólares al inspector y mi renuncia a la policía!

Ya el avión en marcha, Harry confesó:

—He jugado sucio. Era un empleado al que yo había sobornado.

—Lo sabía —contestó Doris—. Pero he tenido ocasión de interrogar al federal que apoyó nuestra idea de matrimonio, y me juró que no había trampa, que lo descubriste tan limpiamente, que ha renunciado al truco de figurar como representante de artistas, y se va a trasladar a otro distrito. De modo que ganaste…

FIN



OPERACION MERCURY

por Alf Regaldie

—No intente moverse porque lo pasará mal, muy mal...

Le asestó seguidamente un puntapié en un costado y cuando el otro se hizo un ovillo temiendo otro golpe, se agachó y lo desarmó rápidamente, obligándolo luego a levantarse.

Una vez lo tuvo de pie lo prendió de la ropa y lo zarandeó de manera violenta.

Era el momento sicológico adecuado y le acusó en tono violento:

—¡Eres un cochino espía, pero has tenido suerte porque no pienso martirizarte! Te voy a matar en seguida.

De un fuerte empellón lo obligó a marchar delante de él hasta que el hombre tornó a caer de bruces a la entrada de la chabola.

Lo hizo levantar propinándole un par de puntapiés más y finalmente lo arrojó contra una mesa.

Era obligado emplear toda la máquina de represión contra aquella poderosa organización de espionaje

OPERACION MERCURY

es un relato apasionante, rigoroso y a la vez dramático. Una de las mejores novelas de

ALF REGALDIE

que aparecerá en el próximo número de

SERVICIO SECRETO

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain